

punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 231
ISSN: 0188 - 381X

P
L
A
C
E
R




culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nación



punto
de partida

No. 231

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Redacción: Fabián Espejel
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

ENERO — FEBRERO

EDITORIAL

PLACER

CARRUSEL

TINTA SUELTA

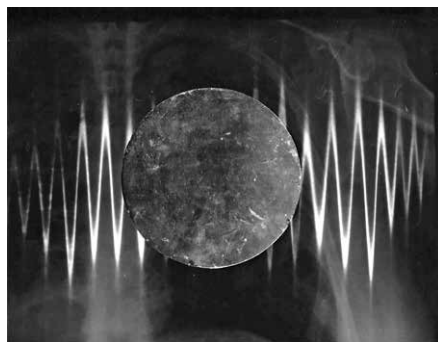
Editorial	5
<i>Estoy tirada al sol.</i> Jimena García García	8
<i>Esther.</i> Sarai Ramírez	10
<i>Tres cuerpos y una perla.</i> Iberia Muñoz	14
<i>Notas al margen [de una conversación].</i> Héctor Sapiña	20
<i>Un morro de Grindr cuyo nombre no recuerdo.</i> Mario Alberto Santoyo	22
<i>Cosas que quiebran la mente.</i> Guly Miller	27
<i>Vello púbico, domesticación del placer femenino.</i> Silvia Santaolalla	39
<i>Con esto que nuevo.</i> Julia Ivalú	45
<i>Floreces.</i> Alejandro Sánchez Cancino	49
<i>Estampas.</i> Lucero de la Fuente	50
<i>Apología del perezoso (o todo sea por descansar).</i> Alec Montero	56
<i>El justo caliente.</i> Ofelia Ladrón de Guevara	62
<i>Una tarde con Amparo Dávila: glosas de un encuentro.</i> Eduardo Cerdán	63
<i>El placer en clave feminista. Entrevista a Marisabel Macías.</i> Mariana Brito Olvera	68
<i>Leonora Carrington: la disciplina nocturna.</i> Guillermo Fajardo	73
<i>Explorar los caminos del placer.</i> Miranda Campos	76
<i>Pequeñas reflexiones (y una breve discusión) sobre el placer.</i> Balam Tzibtah	79
Colaboradores	83



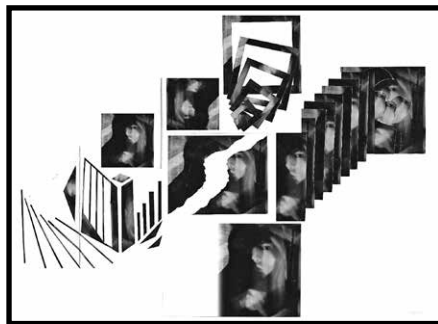
César Cuevas (Ciudad de México, 2001).
Fotógrafo y cinematografista. Desarrolla su fotografía inspirándose en el blanco y negro tomando una perspectiva onírica y subjetiva con relación al cuerpo y su expresividad.



CONTRAPORTADA



Carlos Mora (Ciudad de México, 2000). Artista emergente. Estudiante en la FAD UNAM. Ha participado en muestras de cortometrajes, y en exposiciones en las galerías Tandem y Nouer Gallery.



Editorial

Comienza el segundo año de la segunda década del segundo milenio, y el tercero de esta pandemia que no da muchas señales de ceder. Pero como decimos: “al mal tiempo buena cara”, así que, para no soltar tan rápido el buen ánimo que nos da el descanso, elegimos dedicar esta primera edición del 2022 al PLACER.

El cuerpo es el lugar predilecto de este número. En el *dossier* encontrarán textos que transmiten el gozo a partir de lo que se mira, del olfato, del movimiento o de la quietud absoluta. Además, destaca una perspectiva crítica, si bien no en todos los casos explícita, que da cuenta de que esta generación se aproxima al goce desde la duda, desde el feminismo o cuestionando las imparable exigencias de producción del sistema. Quienes escriben en estas páginas hablan de defender el placer por sí mismo y de la libertad para elegir sus formas. Sin duda, es una marca de una generación que lo está pensando y sintiendo desde otro lugar.

Para quienes todavía tengan las vacaciones en la piel, y para no dejarlas atrás tan pronto, el poema “Estoy tirada al sol” de Jimena García García les devolverá la calidez de la arena y el mar. Continúa el cuento “Esther”, escrito por Sarai Ramírez, cuya protagonista es una niña que, a pesar de los regaños, goza la rebeldía y lo prohibido. Le sigue la prosa potente del relato “Tres cuerpos y una perla”, de Iberia Muñoz, un viaje de renacimiento marcado por la memoria del cuerpo y una profunda relación con el agua.

El primer ensayo del *dossier* es “Notas al margen [de una conversación]”; su autor, Héctor Sapiña, afirma que para él, a diferencia de muchos, el placer en torno a un objeto de estudio es prescindible. “Un morro de Grindr cuyo nombre no recuerdo” es un poema erótico de Mario Alberto Santoyo; su tono carnal da paso a la obra de teatro “Cosas que quiebran la mente”, de Guly Miller, en la que su protagonista, Luna, navega entre los recuerdos de sus experiencias sexuales buscando su propio y auténtico placer. La duda frente a lo normalizado continúa y se convierte en crítica en el ensayo “Vello púbico, domesticación del placer femenino”, en el que Silvia Santaolalla cuestiona las normas estéticas que la sociedad impone a las mujeres para el disfrute ajeno.

Después siguen dos poemas: “Con esto que muevo”, de Julia Ivalú, que transmite el ritmo seductor de un cuerpo en estado de goce; y “Floreces”, de Alejandro Sánchez Cancino, que traza con ternura una figura de la calma. El último cuento, “Estampas”, escrito por Lucero de la Fuente, nos lleva a Mérida con la mirada enamorada de la protagonista y la de Sásil, su amiga de la infancia, quien, por el contrario, sólo tiene ojos para la defensa del agua. Cerramos con una “Apología del perezoso (o todo sea por descansar)”, un ensayo de Alec Montero sobre el deleite de no hacer



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



DRAMATURGIA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

NARRATIVA
GRÁFICA

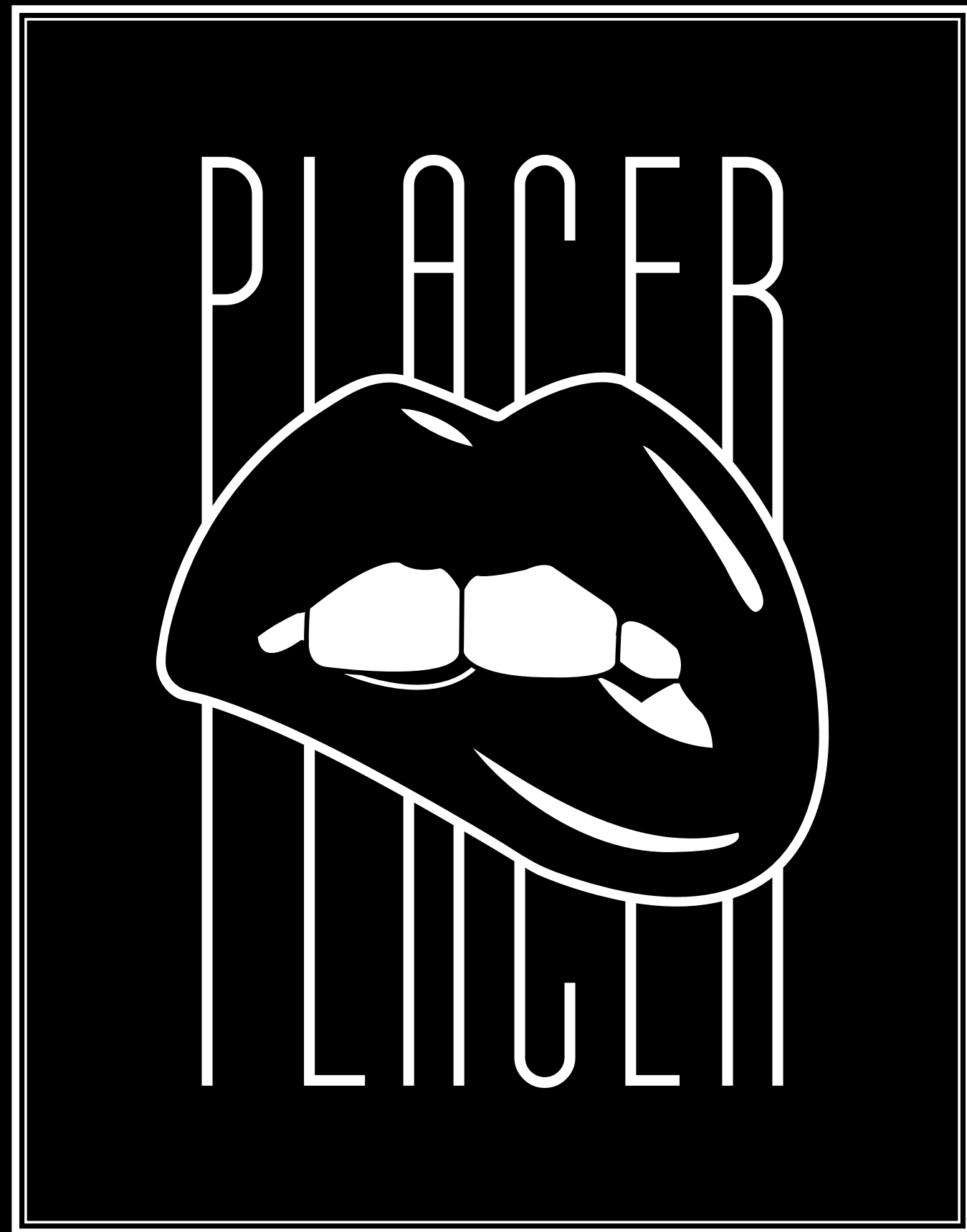
nada, y que manda un guiño irónico al *echaleganismo* y la meritocracia, tan populares hoy en día.

El Carrusel inicia con una minificción de Ofelia Ladrón de Guevara, la historia de varios días arruinados por un detalle matutino. En Heredades, Eduardo Cerdán delinea con cariño y admiración un retrato de la personalidad misteriosa de la escritora Amparo Dávila, a partir de la charla y la anécdota. Agradecimientos especiales a Luisa Jaina Coronel Dávila por su generosidad y las fotografías que acompañan este trazo biográfico. Para esta edición Mariana Brito Olvera entrevistó a la escritora y tallerista Marisabel Macías, quien ha hecho suyo, desde una postura feminista y filosófica, un tema todavía tabú en algunos círculos literarios: la escritura erótica y la ética del placer. Macías también es autora de *Las hedonistas. Mujeres que narran placer y deseo*, libro de relatos que Miranda Campos reseñó para Bajo cubierta. En la misma sección le acompaña Guillermo Fajardo, con un texto sobre la “imaginación pura” de los *Cuentos completos*, de Leonora Carrington. En Tinta Suelta encontrarán un divertido cómic hecho por Balam Tzibtah.

Va también nuestro agradecimiento a Celina Huús, Isabel Rivera, Andrea Honni y Adrián Noguez por su trabajo gráfico, y a César Cuevas, Diego Tapia y Carlos Mora por sus fotografías.

El equipo de Punto de Partida les desea un feliz y próspero 2022. 📍

Aranzazú Blázquez Menes





Estoy tirada al sol

JIMENA GARCÍA GARCÍA

Estoy tirada al sol,
a mi abdomen lo besan la sal y las migajas
de conchitas, de rocas y otros polvos
hechos polvo.
Cada gramo de playa es un vestigio
que puedo llevarme en un frasco

o en el ombligo
sin darme cuenta.

Estoy tirada bajo el sol.
Descanso.
Dejo que me nazcan fractales en las piernas,
que me caigan los párpados
levadizos como puentes,
mientras tanto
detrás del ojo unas siluetas toman forma,
como recortes nítidos
desbocan
un racimo de gacelas
en el vientre.

Y algo cruje
entonces
dentro de mi oído:
susurros que me llegan del subsuelo,
directo del espejo que había encima de la cama
la otra noche.

Pero aquí.
En el manto silíceo
abren su herida mis contornos,
toda mi línea vertical entregada al suelo.
Arena en las pestañas.

A un lado mío tu cuerpo hace su propio hueco,
se incrusta en la memoria

errática
huella
sólo conoce de las formas lo externo,
nuestros bordes,
ésos que ya se irán rodando con la espuma.

Mis talones veranean en tus pantorrillas
y tus dedos me hacen olas en la espalda.

Nuestros surcos
ya se encargará de borrarlos
la marea
que en la noche es menos suave
es menos caricia y más rasguño
salobre girándome en los poros,
menos viento que sacude las palmeras
y más la mano de un titán que

¿viste?
Las arrancó de tajo.

Más sumergirse entera
el cabello goteado
el cuerpo goteado
humedecida
más *aquí no hay de que sólo meto las piernas*
aquí no hay de que sólo hasta los tobillos.
Mi línea vertical se perturba
y le salen quiebres.

Pero ahora sólo estoy tirada al sol,
tú a un lado mío
creo que te dormiste porque el mar está en calma.
Se me quema la piel y el brillo de una moneda me lastima los ojos.
La alcanzo.
Estaba medio enterrada en la arena y la alcanzo,
me la llevo a la boca,
estaba medio enterrada en la arena y en la boca
me quema la lengua.

Pero me gusta el sabor de sus dos caras.



Esther

SARAÍ RAMÍREZ

Isabel Rivera

Estaba maldita. Al menos así lo creía el tío Felipe cuando estrelló la cabeza de Esther contra el suelo, obligándola a tragar tierra hasta que los malos pensamientos abandonaran su infantil cabeza. Tenía apenas cuatro años cuando, explorando su cuerpo, descubrió que de una ligera cosquilla entre sus piernas nacía un calor repentino, a la altura de su ombligo, que correteó a su corazón y le pintó los cachetes de un rojo manzana. El tío la sorprendió revolcándose en una esquina del sillón y, cuando la mano de la niña iba a parar al filo de la falda, el tío tomó a la pequeña de una oreja y a tropezones la llevó hasta el huerto de la casa. Ahí comenzó el suplicio de Esther. A palabras como “¡maldita!” y “¡sucia!”, que restregaban su rostro contra la tierra fresca, ella respondía entre gritos con un “¡descarado!” o “¡cabrón!”, cuyo significado le era imposible comprender, pero que, en el momento del ataque, le brotaban de la boca con toda precisión sin atorarse en los dientes manchados o en la ondulación de su lengua. El tío Felipe la soltó después de unos segundos, más cansado que asustado y, por culpa de una patada que la niña logró pegarle en las nalgas, se manchó la pulcra sota-na negra.

El tío Felipe vino a México después de Semana Santa. Tenía a su favor algunos días de vacaciones y no tuvo reparos en ausentarse del templo de San Martín de los Terreros. En la capital



lo esperaba su hermana Josefina. Ella y su familia lo cuidarían y atenderían como sólo él podía merecerlo. No contaba con que los hijos de su hermana lo harían ver su suerte. La más peligrosa, según él, era Esther: carecía de modales y tenía un comportamiento juguetón, se pasaba todo el día riendo y hablaba hasta cuando no se lo pedían. No sabía rezar y no entendía por qué la figura de un hombre diminuto bañado en sangre, con poca ropa, con los brazos abiertos y clavado en algo parecido a un árbol, tenía que estar colgado sobre la cabecera de su cama. Para Felipe todo esto era una blasfemia e intentó soportarlo hasta aquella tarde en que la descubrió a la orilla del sillón. Como hermano mayor de Josefina, y supliendo la autoridad del padre de la niña, creyó tener el derecho de educar correctamente a ese demonio de barro y trenzas que se hacía pasar por su sobrina.

“¡Niña! No hagas ruido al tomar el caldo.” “¡No te piques la nariz!” “Esther, así no hablan las damas.” “Tú no puedes opinar, eres una mocosa. No sabes nada.” “¡Sácate la mano de allí!” Cada mala palabra, cada gesto inapropiado, cada comportamiento que pudiera parecer excesivo, era castigado con un puñado de tierra en la boca. La niña pateaba y escupía diminutos terrones que, al contacto con sus lágrimas, se transformaban en motas de barro sobre su vestido. El castigo funcionaba por algunos días, Esther se mantenía callada, evitaba jugar con sus hermanos y cada vez que el tío Felipe aparecía en la cocina o en el huerto, cruzaba la sala o pretendía acercársele, ella corría a esconderse tras las piernas de su madre. Si mejoraba su comportamiento, el correctivo cesaba, pero entonces se escabullía para encender la radio, se miraba por mucho tiempo en el espejo y se pintaba los labios como su madre. Volvía a reír, manchaba los zapatos de lodo, jugaba con sus hermanos, se defendía de sus golpes y a veces repetía las malas palabras que se les escapaban, aunque sólo a ella la reprendieran. A veces, por el único gusto de estar alegre, comenzaba a dar vueltas y vueltas, el vestido se alzaba y sin querer mostraba los calzoncitos. De nuevo, su madre o la tremenda figura del tío la arrastraban hasta el huerto, le cubrían la boca con tierra y agregaban una serie de nalgadas para aumentar la efectividad del castigo.

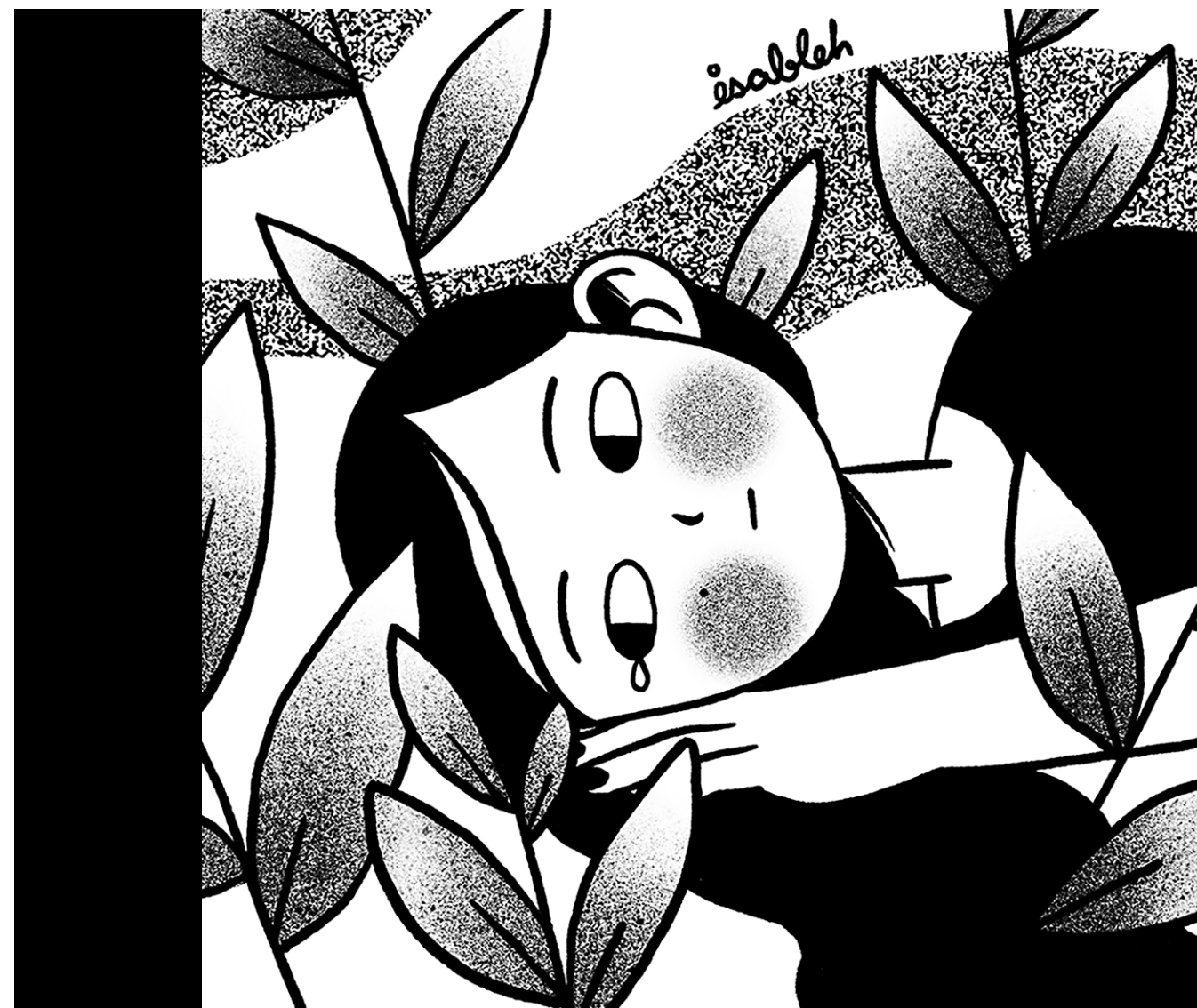
Pronto llegó la temporada de lluvias, el huerto dio sus mejores chiles, tiñó de carmín los jitomates y transformó a las semillas en nuevos brotes. Aunque la visita del tío se había prolongado más de lo esperado, por aquel tiempo llegó una carta desde San Martín: Felipe debía tomar el primer tren y regresar cuanto antes al templo; existían deberes eclesiásticos mucho más importantes que ayudar a criar a tres niños insufribles. En la madrugada que el tío Felipe tuvo que irse, algo inquietó en sueños a Esther, quien al sentir una corriente helada que viajó desde su frente hasta la punta de sus dedos, comenzó a revolverse entre las sábanas mientras el ritmo de sus palpitations iba en aumento. Con el sobresalto, abrió los ojos y, aunque a la distancia podía escuchar a los pájaros cantar, se dio cuenta de que el cielo permanecía oscuro. Se levantó de la cama, abandonó la habitación

y, sin hacer mucho ruido, caminó hasta la cocina, desde ahí pudo ver cómo Felipe cerraba su maleta, se acomodaba el paraguas como un bastón y atravesaba el patio hasta llegar a la entrada con ese ligero taconeo que lo volvía aún más terrorífico. La niña pensó que Felipe la había visto llegar a la cocina y que en algún momento él voltearía y diría algo para asustarla, pero el tío decidió no mirar atrás. Apenas el hombre cruzó el zaguán, un chubasco cayó sobre la casa. No es que a Esther le gustara mucho la lluvia, pero al ver que la tierra del huerto se humedecía, se sintió tan feliz que comenzó a bailar y a dar vueltas. Era feliz porque el tío que la atormentaba no estaría más.

Aún llovía cuando, a paso seguro, cruzó el patio hasta quedar frente al huerto. Estar ahí no le hacía sentirse bien, eran muchos los malos recuerdos, pero la curiosidad la llevó a hincarse entre las hierbas. El olor a tierra mojada le pareció exquisito, tanto que sus manos buscaron hundirse en el barro. Sus dedos serpenteaban entre la frescura de la humedad reciente y lo brusco de las raíces. Cerró sus puños y aprisionó un montoncito de tierra, lo llevó hasta su nariz y, sin recato, aspiró su aroma. Esther sabía que los olores traían recuerdos, como el perfume de su madre o el olor a leña impregnado en el delantal de la abuela. ¿A qué podía oler la tierra? Tal vez a castigos, pero en su cabeza la idea de lo prohibido comenzó a difuminarse. No quería pensar en cosas tristes, abrió su mano y sin titubear comió un poco de tierra.

En cuanto los terroncitos acariciaron el piso de su lengua, la boca se inundó con saliva. No deseaba engullir de una sola sentada aquella porción. Tenía tiempo para descubrir qué sentía al comer la tierra o para descubrir cuál era su sabor. Cerró los ojos y comenzó a imaginar el misterio de su boca: pequeños grumos que danzaban de un lado al otro, al interior de sus cachetes, se colgaban en lo alto de su paladar o jugaban a las escondidas entre sus colmillos. Una idea se asomó por su cabeza y de inmediato abrió los ojos: recordó a la abuela frente al metate con sus brazos cansados pero fuertes, triturando chiles y semillas. Esther era la primera en degustar el resultado de ese mole cada vez que la abuela así lo permitía. Los grumitos en su lengua se sentían como aquel polvillo, pero no picaban. El sabor era muy parecido al del chocolate negro, pero sin el dejo meloso del azúcar.

Tragó tierra porque así lo deseaba y, casi por instinto, su mano tomó otro puñito del huerto, lo llevó hasta su boca y de nuevo empezó a comer. Con la mezcla de su saliva se formó una pastita negra que, de trocito en trocito, se adhirió al paladar. La lengua no era suficiente para despegarla, se ayudó de sus dedos y, una vez afuera, observó aquella plasta por un momento. Esther pensó en los trocitos de masa cruda que solía robarse de la cocina cuando preparaban el almuerzo. Ella podría jugar a crear tortillas de masa oscura o chocolates de lodo, podría jugar, sí, pero lo único que deseaba era seguir descubriendo. Sin ascos ni arcadas, tragó el resto de la



tierra que aún estaba en su boca e imaginó que una lluvia negra caía en su panza. No fue necesario cerrar los ojos, sintió cómo ese aguacero se transformaba en calor, recorría sus brazos, sus piernas, se acomodaba sobre el pecho y hacía brincar a su corazón. La tierra no sabía a los regaños ni a los insultos de aquel hombre, el sabor de la tierra era mucho más amoroso, sabía a juegos, a risas, a los recuerdos de la abuela, pero en especial, tenía el sabor de todo lo que ella tenía prohibido. P



Tres cuerpos y una perla

IBERIA MUÑOZ

*Llegamos a la vida,
húmeda aún la mínima figura
recién bañada en la celeste ojera
de un estanque de luz.*

Enriqueta Ochoa

Abuela

Mi cuerpo era joven y sabía huir. Al primer destello del alba, mientras las otras mujeres dormían, deslizaba mi cuerpo por la ventana del baño y mis pies agarraban camino por los pastizales resquebrajados de la sierra. Corría hasta marearme, hasta que me lloraran los ojos, hasta que el corazón se me hiciera bulto, pecho de rana. Mantenía mi distancia con las serpientes, los coyotes y los alacranes, pero algunas veces, he de confesar, me detenía a verles el centro de la pupila. Aprendí a no temerlos. Ellos me enseñaron a correr. Y me enseñaron también a pausar la huida para echarme a tomar el sol en cada pausa. Crecí un poco y el río en el que descansaba los pies comenzó a hablarme. Entraba por mis huecos en un lenguaje transparente y toda yo era agua, presa húmeda, caudal. Me sentaba al filo de una roca y me levantaba un poco el vestido: dejaba que el agua me acariciara entre las piernas al mismo tiempo que curaba mis heridas. Qué ganas de llenarme los pulmones de ese terciopelo cristalino. *Quisiera morir en esta sábana de espuma, quisiera ahogarme en sus caricias, quisiera yo misma ser agua y nunca tener sed.* Un día, sentada en la roca, oí pasos a mis espaldas. Cerré las piernas al primer crujir de las hojas. Me habían encontrado. Esa misma tarde treparon mi cuerpo al camión con destino a la ciudad. Aún tenía el vestido mojado. Crecí otro poco y conocí a un hombre. Su tacto era pesado, ciego. Y nunca pude encontrar el centro de su pupila, me tocaba con los ojos cerrados. En mis sueños visito el río y no me atrevo a tocarlo, me inclino a ver mi reflejo y no lo encuentro. Muy al fondo, sin embargo, veo un destello. Una perla esmeralda descansa en la tierra, los rayos del sol que filtra el agua bailan sobre ella. Quiero tomarla, pero despierto.



 Celina Huús. Serendipia

Madre

Afuera es de día, pero en este cuarto es de noche. No he lavado las sábanas en semanas. La cama me queda grande. Escucho pasos. Espero. Están a punto de irse. Espero. Cierran la puerta principal y de inmediato mi pecho se abre, mis labios se llenan de sangre y mis ojos se ensanchan. Saboreo los primeros segundos de una soledad que no me pertenece. Entro en ella como intrusa. Me pongo de pie y en la cama queda recostado mi peso muerto. La que se para es otra mujer, no yo. Pero eso no importa. Comienzo a desnudarme. Con un dedo recorro la orilla de mi cuerpo. Presencia limítrofe. Campana rota. Cofre hueco. ¿En qué momento me vacié? ¿A dónde se fueron todos mis líquidos vitales? Nada de lo que tengo es mío excepto esto. Abro la regadera y doy el primer paso hacia adentro. Es como regresar a una cueva primigenia. La cueva en la que los primeros hongos decidieron reproducirse para honrar la vida a través de la muerte, donde la descomposición se coronó sobre la materia. En esta regadera renazco y recuerdo. Si me encontraran así, tan repleta de mí misma, me desconocerían. Y yo tendría que entenderlo, en momentos como éste ni siquiera yo misma sé quién soy. Intentaré ser más precisa. Cuando las primeras gotas tocan mi cabeza, llega a mí la imagen de una mujer que vagó



Celina Huús. *El tiempo se detuvo*

por años y años en el desierto. No sé quién es ni por qué la conozco. Pero sé cómo es su rostro, veo cómo los huesos resaltan a través de su piel transparente. Su lengua tiene estrías largas y profundas, como si el desierto se hubiera reflejado en el lienzo rosado de su boca. Esas líneas en la lengua son la marca de la sed. Lo sé porque yo la tengo. Las gotas me descubren el cuerpo y siento que, al menos por unos segundos, le doy de beber a esa mujer. Dios mío, que no lleguen nunca, por favor. Este momento es lo único que me queda. Pero volverán. Ya vienen. Y de nuevo será mi turno de alimentar una boca diminuta y drenarme. ¿Qué hueco de mis entrañas destila este néctar blanco, esta leche de algodón? ¿Estoy destinada a lo que escurre, a lo que escapa? Cierro los ojos y abro la boca. Mentira que el agua no tiene sabor. Yo la pruebo y reconozco el sabor de una cascada tierna y oculta. Es como abrir una biznaga y besarle el corazón.

Hija

No recuerdo cuándo lo descubrí, pero supongo que se veía venir desde que era pequeña. Durante mis primeras semanas de vida mi madre no pudo cerrar los ojos. Mi llanto, dice, tenía despiertos a los vecinos, al perro, a los pájaros del jardín. Después de numerosas visitas al doctor y para alivio temporal de mi madre, cualquier dolencia quedó descartada. La verdadera preocupación llegó cuando mis lágrimas comenzaron a brotar al mismo tiempo que una sonrisa aparecía en mi cara. Dos señales opuestas, placer y dolor, conjugadas en la misma carne. Era un espectáculo tan desconcertante que mi madre dejó de darme pecho por un tiempo. Mi abuela, en cambio, me sostenía y se reía conmigo. Todo el asunto le causaba gracia. Decía que yo era una criatura acuática y que mi madre también lo era, aunque se negara a aceptarlo. Me explicó que mis lágrimas no eran de dolor ni de placer, sino más bien ambos: placer por recordar mi origen a través del agua, pero dolor por haber sido arrancada y puesta en la tierra. Creí en la historia de mi abuela hasta la adolescencia. A esa edad decidí que había inventado ese cuento para que no me entristeciera la soledad a la que mi madre me había arrojado (en mis primeros recuerdos anida la sensación de alzar mis brazos hacia el vacío, el sabor de los coágulos sin disolver de la leche de fórmula). Hasta el día de su muerte mi abuela defendió la leyenda de mi origen como una verdad absoluta. *Ni tú ni tu madre son hijas de ningún hombre, sépanlo siempre.* Le sentenciaron demencia senil y con ese juicio encima se fue a la tumba.

En mi adultez el llanto regresó de manera súbita y violenta. Fue como si mis ojos retrocedieran a la infancia, una edad inversa, dislocada. Lloraba al despertar, al comer, al reír, al besar. Era imposible relacionarme, pero no podía parar de llorar. Sentía un goce gigantesco cuando las lágrimas se amontonaban en mis ojos y después viajaban por mi mejilla, calientes y presurosas. No podía dejar de llorar, pero tampoco me interesaba mucho



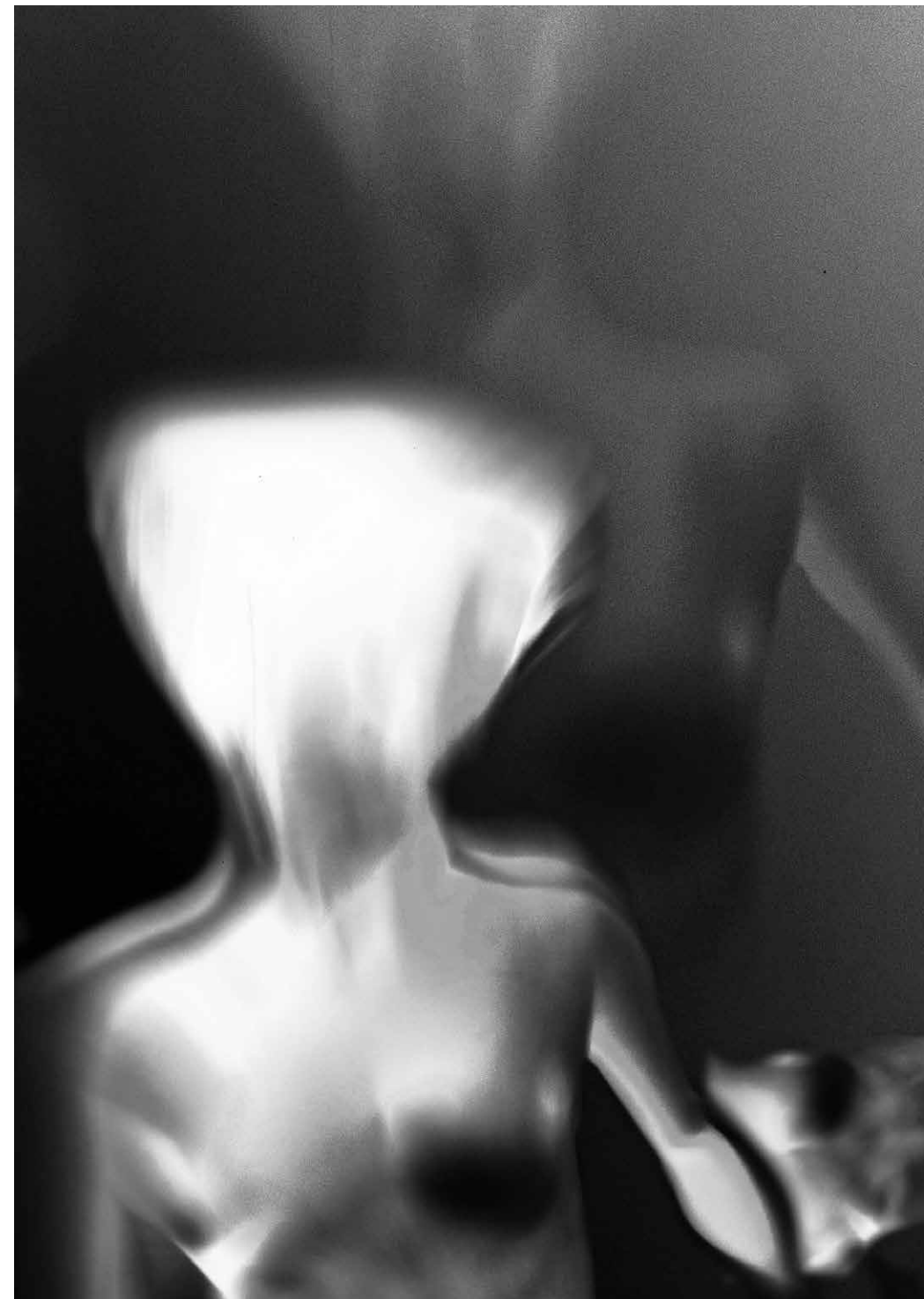
pararlo. El llanto era mi actividad más personal, la más íntima y solitaria. No necesitaba a nadie más para llegar al lugar donde el alma roza las paredes del cuerpo como si estuviera a punto de fugarse.

Entonces recordé las palabras de mi abuela: *ni tú ni tu madre son hijas de ningún hombre*. ¿Sería posible que yo fuera descendiente de una mujer que se enamoró de la naturaleza, de los cuerpos de agua en vez de los cuerpos humanos? ¿Sería posible que dentro de mí latiera un gen de agua, un gen húmedo e irreconocible por cualquier artefacto médico? ¿Sería posible que yo misma estuviera enamorada del agua sin saberlo? ¿Sería posible que el agua, mensajera grandiosa de la electricidad y del sonido, pudiera guardar la memoria del verdadero placer que me dio la vida? ¿Y no sería posible que todo este tiempo mis lágrimas fueran un mapa de regreso y mis ojos una brújula pulsante?

Carta a la fuente primera

Abuela: ¿qué más queda para las mujeres como nosotras? Mi madre se fue antes de que pudiera entenderla. No sé dónde yace su cuerpo, pero espero que reciba un poco de lluvia de vez en vez. Lloro por ti como también lloro por ella. Y no son lágrimas de dolor las que me brotan. No, esa no es una ofrenda digna de ustedes.

Abuela: a veces le temo a esta soledad, le temo a la sequía. Pero entonces me sumerjo dentro de mi propia espesura y escucho. Sé que me hablas en el lenguaje de los latidos. Todo lo que debo hacer es colocar esa perla esmeralda en mi vientre para que comiencen a correr las lágrimas y yo pueda encontrarte. Olvidé mencionarlo: tu amuleto está a salvo conmigo. Un día me sumergí tan profundo en el río que pensé que moriría. Lo único que recuerdo es que una mano me regresó a flote y expulsó el agua de mis pulmones. Cuando desperté, la perla estaba en el centro de mi palma. Su brillo de sol naciente me conmovió tanto que no pude evitar llorar. Ahí, tirada a la orilla del río, supe que podía hablarte y entendí, al fin, que no hay páramo ni desierto que este cuerpo no pueda humedecer. 📍



📷 César Cuevas. De la serie *Lady in gray*

Notas al margen

[de una conversación]

HÉCTOR SAPIÑA

Soy estudiante de maestría y confieso que odio mi corpus. [Siempre quise abrir un texto con una confesión, pero la inercia arrojó algo más cercano a una presentación de AA]. En realidad no lo odio, sólo no me produce placer. Me refiero al corpus de la tesis [pero supongo que en algún nivel también mi cuerpo me resulta implacentero por momentos. Sin considerar mocos y diarreas, me incomoda el avistamiento de las orejas. De toda oreja en general: es un cartílago doblado que intenta ajustarse a la proporción áurea, pero termina acercándose más a un retrete].

Ya me lo han recriminado: “¿Cómo puedes trabajar con un corpus que no te gusta? Debe ser tormentoso”. Si alguien está dispuesto a pasar al menos dos años de su vida mirando minuciosamente un objeto, se espera que éste sea agradable a la vista. Es como el noviazgo o el matrimonio, dicen. Pero yo me inclino más a considerar mi relación con el corpus como la del aracnólogo con la araña [aunque, ciertamente, hay biólogos con una perturbadora fascinación hacia los artrópodos y el reino Fungi que debería considerarse patológica. No es que intente imponer un concepto de belleza, pero a todas luces una araña no puede ser bella a menos que pase por el pincel del artista. Por otro lado, acepto la idea de que a algunos los hongos les sean indiferentes y resulte impropio considerar su belleza, el parámetro axiológico debe ajustarse a criterios bioéticos; personalmente, hay ciertas variedades como los *puccinia* que me entripan la fobia y me dan ganas de arrancarme la piel. Puede usted googlearlas para confirmar... bajo su propio riesgo].

En fin, mi corpus no me parece placentero, tengo amores estéticos en la vida y los cuentos que analizo no están en esa lista. Lo mismo me pasó en la licenciatura, y un miembro del sínodo se estremeció cuando

declaré que no me gustaba el cuento al que dediqué un capítulo entero. ¡¿Cómo, si pasaste lexía por lexía?! Para mí había sido algo normal, pero al parecer es una fibra incómoda en el mundo de las letras que no detecté a tiempo para mimetizarme.

Me pasa con algunas cosas que se le atribuyen al sentido común. Se supone que éste está vinculado con la supervivencia, es un mecanismo del humano derivado de reflejos básicos y emociones como el miedo, pero, a la vez, asociado con la capacidad de nuestro cerebro para predecir los resultados de una secuencia inmediata. *Se supone* que todos poseemos sentido común y que lo aplicamos para asegurarnos individual y comunitariamente. Creo que yo no lo desarrollé bien. Es de esas cosas que uno perfecciona entre la infancia y la adolescencia, pero tengo la sensación de haber faltado a esa clase [como cuando me ausenté el día que enseñaron si se debe recortar exactamente sobre la línea punteada o al interior, no lo sé, ¡hasta la fecha no lo sé! Tampoco sé distinguir entre el verde azulado y el azul verdoso. Falté a la escuela. Quizá fue el mismo día en que enseñaron las tres cosas: Tijeras 1, Tonos del Verde y del Azul, Sentido Común. Momentos así lo hacen a uno sospechar sobre toda la cadena de mentiras de Occidente].

El caso es que cuando descubro que algo pertenece al sentido común lo anoto, preferiblemente, en mi cuaderno de convencionalismos que debo recordar o, si no, en la mente, esperando que la memoria no me haga trampa como suele pasar. Lo mismo con los valores de la vida académica, que hasta la fecha me confunden. Entiendo, luego de leer introducciones a la etnografía, que en las humanidades cada grupo de investigadores posee su propia escala de valores, aunque también hay criterios generales que guían la investigación. Y no con



Carlos Mora. RTP, de la serie Luminograma

la rigidez de las ciencias exactas porque sería absurdo [a pesar de que ante CONACYT los criterios cuantitativos de las ciencias aplicadas se elevan a leyes generales, como cuando la reina Victoria gobernaba el mundo]. Si no es obvio a estas alturas, estoy confesando que me siento tan ajeno a las tijeras como a los grupos... sociales. Iba a decir sólo los académicos, pero es a los grupos en general. Pese a todo, soy una persona sociable [en 3° de secundaria gané el premio al más amigable de la generación. No es algo que deba presumirse, no estoy presumiéndolo, de hecho, me da pena, sólo es un dato que pudiera servir de demostración. A pesar de mi honoroso reconocimiento, siempre que me encuentro en algún tipo de convivio, me acosa la sensación de estar siendo observado y, por lo tanto, tener derecho a observar mediante la imitación].

Y así descubrí que no recibir placer del corpus de estudio es algo reprobable para ciertos ámbitos de la academia de humanidades y que, por eso, debe declararse a modo de confesión. Lo peor es que, una vez confesado el problema, el oyente ya está demasiado predisposto y se puede hacer muy poco [siempre me pasa eso, quizá es la razón por la que no fui antropólogo, me gana el yo frente al otro y no debería...]. En esas situaciones intento decir que el placer no está en el objeto en sí, sino en las exigencias metodológicas que me impone.

De tantos cuentos de Alfonso Reyes que pude haber trabajado por amor a su escritura, opté por uno más bien incómodo dónde nuestro regiomontano universal incursiona en una especie de surrealismo cinematográfico medio trunco. Uno acaba y dice “está interesante”, ese ambiguo “interesante” que le decimos al amigo poeta cuando no nos gustó su poema. No “chido” ni “genial”: “interesante”.

Interesante es poco en la escala de la belleza. Si le pides matrimonio a alguien no le das como justificación: te amo, quiero que te cases conmigo porque eres interesante [y si sí lo hace usted, por favor, reexamine sus prioridades afectivas]. Ah, pero un corpus interesante es mejor que un corpus apasionante, pensaría yo [por ejemplo: pocas cosas me apasionan tanto como la canción “Coco Jambo” o sacarme pelusas de entre los dedos. Perdón por la imagen... de “Coco Jambo”. Pero nadie haría su tesis sobre eso. A excepción, tal vez, de mi psiquiatra. No tengo psiquiatra, es broma]. El surrealismo cinematográfico trunco de Reyes, aunque no es el de “La cena”, es sugerente desde la sintaxis hasta la transtextualidad y posibles reflexiones implícitas sobre la reproductibilidad técnica. ¿Por qué, entonces, no dedicarse a estudiar lo poco agradable? En tiempos de diversificación de los cánones es “interesante”. 📍



Un morro de Grindr cuyo

MARIO ALBERTO SANTOYO

Todo cabe en un culito sabiéndolo lubricar.

César Cañedo

I

Ayer mi cama se acostó junto a ti
 me dijiste que el culo tiene memoria
 Yo tenía poco tiempo
 antes de que llegara mi mamá
 en pocas palabras
 la casa vive en soledad la mitad del día
 me distrajo
 tu mano buscando los condones en el cajón
 el lubricante con su sabor rojo
 el temblor de tus pies
 el baile de tus pupilas
 esas palabras que vibraban
 en el húmedo balbuceo de las horas
 Tu voz no hacía otra cosa que hundirse
 descomponerse
 muy en el fondo
 Llegué hasta la Cicatriz de la memoria
 y me distrajo
 tu forma física
 Olvidé el aroma de la luz
 pero ya era hora de irse
 A pesar del cuarto como un espejo de sonidos
 escuchaste
 a la noche murmurar

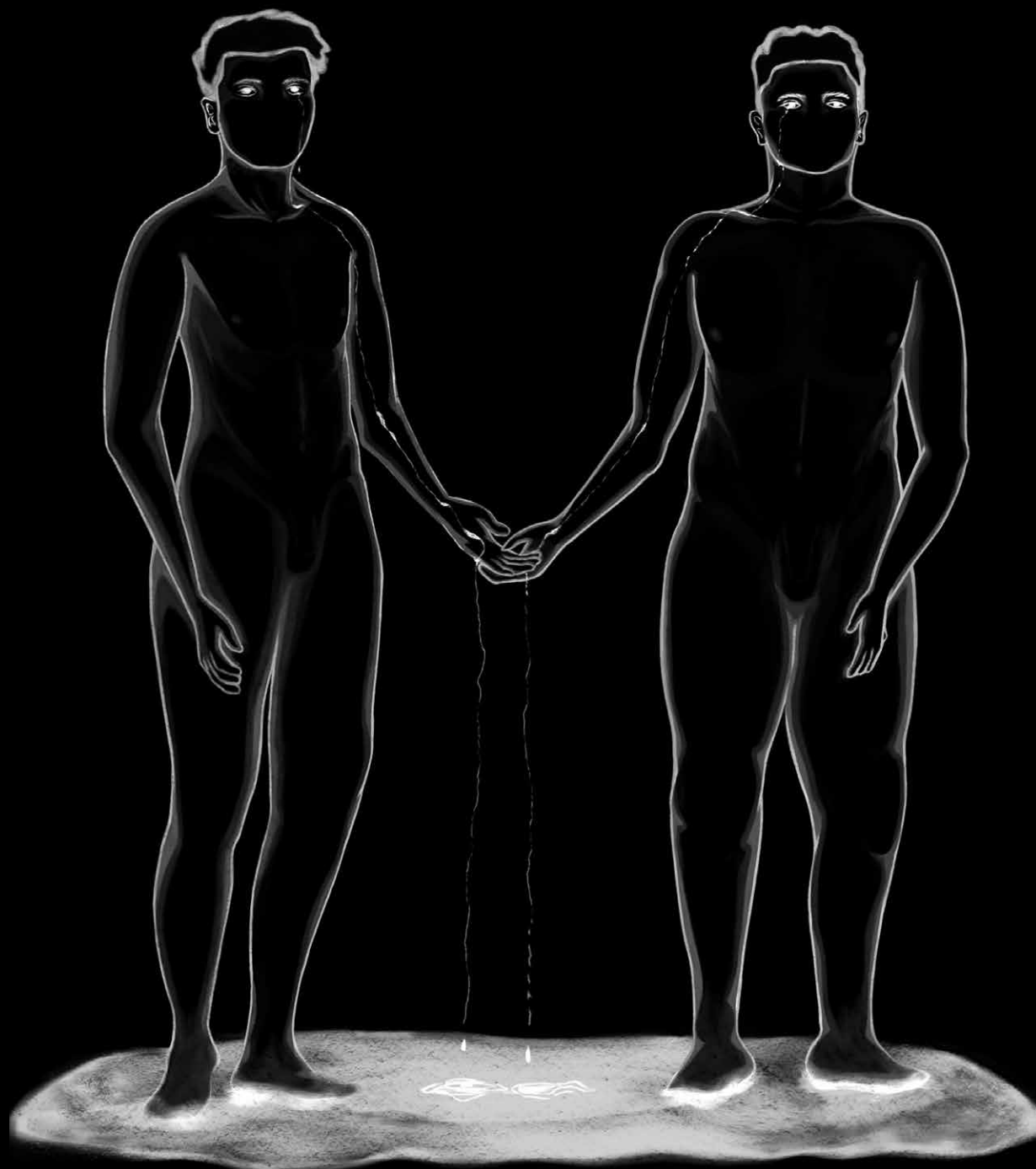
nombre no recuerdo

Estaba encima de ti
 afinando esta metamorfosis llamada caricia
 Contigo me di cuenta
 de que todas las cosas se abren
 Mis respiraciones
 se volvieron líquidas
 mi cansancio se hizo agua
 ¿Por qué tenemos
 esta forma de despejar el ser?
 esa retórica instantánea

Alberto C/L

Edad	19
Tribes	Twink
Rol	Activo
En busca de	Este momento
Encuentro en	Mi casa

Un cuerpo
 no dejará de ser sólo eso
 un cuerpo



Adrián Noguez. *Tacto*, de la serie *Detrás de los párpados, meditaciones y hormonas*



II

Ahora
 acostado
 de frente
 a tu espalda
 blanca sombra palpitante
 que se pierde en la continuidad del muro
 respiro
 estas voces
 como máscaras en una flor de rostro anónimo
 que ásperas en tu oído te recorren
 florecen y se marchitan
 se regocijan en su palpitar
 se mueven
 arriba
 abajo
 Tersa la humedad simiente
 de esta
 oscuridad que se empuja
 hacia dentro de sí misma
 Soy
 la escultura de sal que se adentra
 en las cumbres hundidas de tu cuerpo



III

El tacto
 el sudor
 la voz
 el orgasmo
 la piel derramando su caliente emanación

El pulso
 el movimiento
 la sal
 el gemido
 La caricia como una sustancia de silbos salados

El roce
 el espasmo
 la convulsión
 El clímax

La sed genital
 el líquido sentimiento de la carne

Cosas que quiebran la mente

GULY MILLER

Por eso, el placer femenino existe. Y por eso el "placer femenino" no existe.
Luna Miguel, Caliente

Personajes:

LUNA
 ADEM
 ÉL
 JESSICA
 OTRO ÉL
 TÍA CLARA
 LA FAMILIA DE LUNA

Cuadro familiar, fiesta de cumpleaños de Javier. Luna, Vero, Luis y Javier posan para la foto. Alguien toma una foto. El tiempo y la acción se congela. Luna se separa de la composición. Habla al público.

LUNA: En esta foto tengo siete años. Estamos en el cumpleaños de mi primo Javier, en casa de mis abuelos paternos. Atrás de nosotros veo a algunos primos; Claudia, Rosa, José, Pedro. Mi tío Moisés sostiene el palo de la piñata, le da vueltas a un niño que no conozco, seguramente es amigo de la primaria de Javi. Antes de tomar la instantánea, alguien avienta confeti, por lo que sale flotando en el aire, como suspendiendo el tiempo y desafiando a la gravedad. Junto a mí salen Javi, mi hermana Vero y mi primo Luis. Vero me mira a la cara y tiene una sonrisa feroz. Me enseña los dientes de leche. Siento que me va a morder. Luis y Javi sólo sacan la lengua, Javi me pone cuernos. Todo lo anterior es el fondo para mi rostro. Mi ceño fruncido. Mis lágrimas... No pertenezco a este escenario. Sin contexto, sólo soy una niña citadina en medio de una fiesta de pueblo: caprichosa, berrinchuda, consentida. "Me la dejan aquí y yo se las envío a casa curada", diría mi abuelita Tere.

Volteo la foto.

En el reverso del papel fotográfico yo tengo siete.

Momentos antes de que papá disparara la cámara yo estaba en el baño.

Había algo entre mis piernas que hormigueaba, se puso caliente, se humedeció y necesitó ser atendido.

Por eso tardé en el baño.

Cierro los ojos

al placer

a la cosquilla.

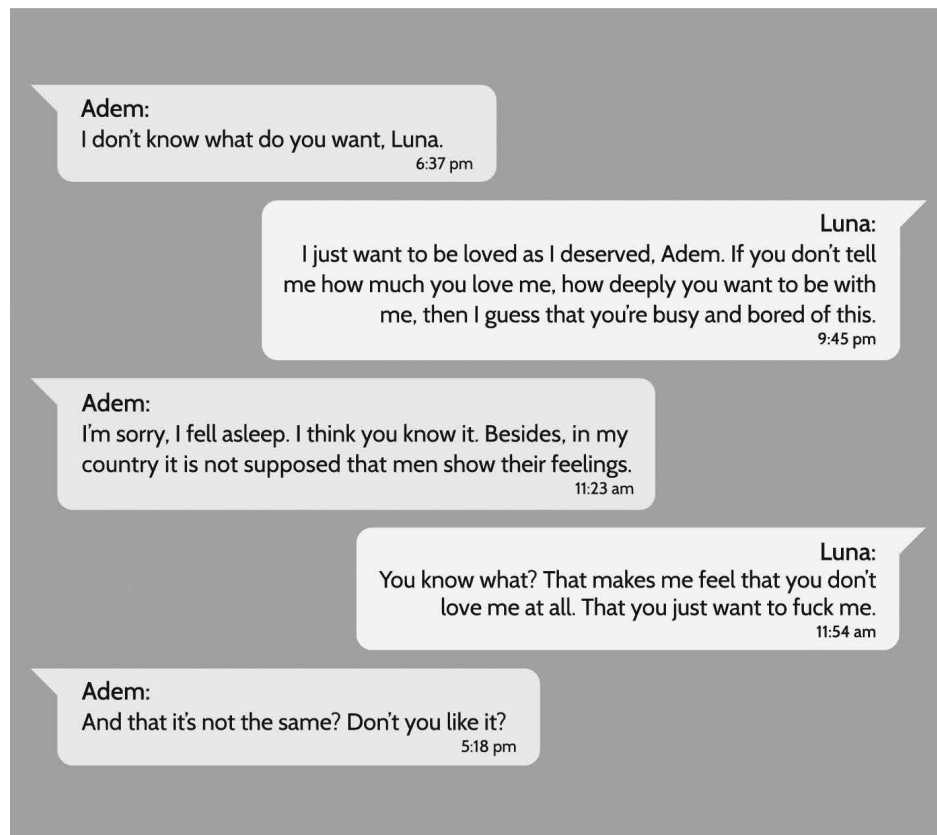
...

Escucho una voz.

Es la tía Ofelia que abre la puerta y me descubre

frotando mi clítoris.

Conversación de WhatsApp. Vemos los mensajes proyectados en una pantalla. Escuchamos la voz extranjera de Adem. Luna, sentada en su cama, contesta los mensajes. (Para montaje, se sugiere que los mensajes de texto sean traducidos al español, y que dichas traducciones funcionen como ecos de la voz en inglés.)



Luna, recostada en su cama, sostiene un vibrador. Se esconde debajo de las sábanas. Intenta. Luego, dice a público:

LUNA:

Me recuesto.

Abro las piernas.

La luz azul parpadea

sobre la base de mi juguete

que compré para usar con Adem.

Ahora no sé si tiene caso introducirlo dentro de mí. Siento cómo vibra por fuera.

No sé si esto podrá darme el orgasmo que

quería para ambos, porque yo jamás

he usado uno de estos, pero él

quería verme que probara

porque estas cosas...

mostrarle

mis pechos,

mis manos,

mi vulva,

la lencería,

todo eso

sí le daba

placer.

Pero ahora,

yo sola con esto

de piernas abiertas

tumbada en la cama,

no sé si tiene sentido.

Luna vuelve al recuerdo de la fiesta de Javier. Baño en la casa de los abuelos paternos. Está de perfil, sentada sobre el escusado mete la mano debajo del pantalón y comienza a frotar su entrepierna. Silencio. Continúa. De repente, irrumpe la tía Clara:

TÍA CLARA: Niña, ¿qué haces?/

LUNA: Nada tía, yo/

TÍA CLARA: Déjese de estar tocando ahí./

LUNA: No, es que yo/

TÍA CLARA: ¡No! No quiero oírlo. Qué vergüenza. Diosito siempre está observando. A Diosito no le gusta que las niñas se porten mal ni hagan estas porquerías. Las castiga y las deja ciegas y con pelos en las manos./

LUNA: Pero yo/

TÍA CLARA: Voy a hablar con tus papás. Estas cosas no se hacen.

LUNA: ...

TÍA CLARA: Ándale. Vete a jugar con tus primos. Nomás no te castigo porque es el cumpleaños de Javi y no queremos arruinarle la fiesta.

Terraza de una casa en la Roma. Es de noche. Otoño. Fiesta de Halloween. Gente bailando. Música a todo volumen.

ÉL: Luna, tengo un regalo para ti.

LUNA: ¿Qué?

ÉL: Ven, vamos al baño.

LUNA: ¿Qué, por qué?

(Sonrisa.)

ÉL: Ay, Lunita. Esos ojos...

LUNA: Son igual que siempre.

ÉL: No. Yo creo que son los pupilentes.

(Sonrisa.)

ÉL: Dame un beso.

(Silencio.)

ÉL: ¿Por qué no me das un beso?

LUNA: Sí me gustas, pero tienes novia.

(Sonrisa.)

Se suspende el tiempo. Luna se queda congelada con los brazos alrededor del cuello de Él. Poco a poco, el tiempo retoma su velocidad, y mientras lo mira ocurre lo que Luna va narrando.

LUNA: Ésta es una historia de Instagram sobre una fiesta de Halloween a la que acabo de ir.

Adem y yo terminamos.

Hace semanas.

“Un tiempo”.

No he vuelto a saber de él.

Tengo el corazón roto, estoy pedísima, mezclé cerveza y vino espumoso.

Yo no bebo.

Él me gusta.

Yo tengo el corazón roto.

En este video, bailo

“I Follow Rivers” de Lykke Li.

Y algo me duele a altura del bra,
pero otra cosa, en medio de mis piernas

me empuja con fuerza

hacia la noche.

Él me gusta y yo estoy peda.

En el momento más cursi, me toma del cuello

Y.

Fondo negro. Encuadre. *Close up.* La piel tersa, luminosa, rosada. Dos pares de labios. Unos, los primeros, aguardan entreabiertos. Son carnosos, rosa coral. Húmedos. Los segundos labios se acercan lentamente. Poco a poco entran a encuadre. Poco a poco acortan distancia. Poco a poco un calor. Una humedad. Una textura suave.

Lo disfruto. Respondo.

El encuadre permanece.

Se alarga.

De repente

me despierto llorando.

Luna se levanta de la cama. Camina por su cuarto. Va a su clóset, saca una caja de zapatos y comienza a ver fotos, objetos viejos, un par de guantes sin dedos. Encuentra un papel muy arrugado. Lo desdobra. Lee al público:

—Amiguis, ¿qué onda con tu novio?

—¿Por?

—¿Pues qué le das o qué haces? No manches, siempre te anda mandando flores y regalos.

—No sé, güey. Me ama, yo creo.

—Pero no mames, yo he andado con vatos y nunca me regalan nada.

—Es que él es mayor y tiene varo.

—No manches, qué envidia de la buena, mana. Ya nada más falta que venga pa' conocerlo.

—No, amiguis, no puede. Es mayor y anda en la chamba cuando nosotras salimos.

—Oye, ¿y cómo es? ¿Es guapo? ¿Te gusta?

—No, la verdad no está guapo, pero tiene bonito cuerpo.

—¿Físicamente a quién se parece?

—Hmmm... pues es que no sé. Es árabe. Bueno, eso dice... no conozco a nadie que se parezca a él... No sé. No es de mi tipo.

—Tons, ¿cuál es tu tipo? ¿Qué te gusta?

Jessica aparece en escena y se queda preguntando al público qué les gusta. Luna va a la cama, vuelve a meterse debajo de las sábanas con su vibrador.

LUNA: No llego no llego no llego no llego no llego no llego no llego sólo siento una fuerte sacudida en mi pelvis, pero no me gusta, tal vez sólo estoy triste porque yo quería vivir esto con Adem, pero se ha ido y yo estoy a punto de caer en un cliché, entre las vibraciones pienso que han creado este tipo de juguetes para la gente sola, caliente y rota, para la gente que en cierta forma

no sabe lo que le gusta.

Luna se vuelve a meter bajo las sábanas. Tres hombres, como fantasmas de la memoria de Luna, enuncian al público:

—No, no te lo quites. Así está bien.

—Now, show me more.

—Ven vamos al baño.

—Sí. Me gusta con el uniforme puesto.

—Yes. Your face first.

—Esos ojos.

—Iré lento porque dices que eres virgen, ¿no?

—Now, put your camera down. Yes. Slowly.

—Sólo fluye.

—¿Así te gusta? ¿Te está doliendo?

—Just right there. Yes...

—Voy a ir un poco más rápido.

—Tus labios son muy suaves.

—Yes. Now moan. Yes... louder, I wanna hear you.

—Sí, sí, sí.

—I'm gonna come!

—Relájate. Luego pensamos en eso.

—...

—...

—...

—¿Leíste el libro que te regalé?

¿Sí? *Lolita*. Mi favorito. Yo soy como Humbert Humbert.

—Baby, I must go now.

It's very late here and I have to wake up early tomorrow.

—¿Por qué te vas? ¡Espérate! ¿Por qué no podemos ser mejores amigos?

—Oye, ¿y sí eres virgen? Te vi disfrutándolo mucho y no sangraste.

¿Juras que no me mientes?...

Bueno, ¿y te gustó?

—I hope you have enjoyed as much as I did.

Good night.

Xx.

Luna se sienta en la cama. Deja el vibrador sobre el buró que está al lado.

LUNA: Me peleo un poco más con el juguete. Lo saco. Estoy cansada.

Avergonzada. No encuentro mi punto G. Una compra sin sentido.

Lloro. ¿Dónde está mi placer? ¿Qué entiendo por eso? ¿Quién o qué se necesita para hacerme sentir?

De vuelta a la fiesta de Halloween en la terraza. Al beso con ÉL. Se va y luego vuelve.

ÉL: Dame otro beso.

LUNA: No puedo.

ÉL: ¿Por qué?

LUNA: Ya se me corrió mucho el labial.

ÉL: Yo ya estoy perfectamente limpio.

LUNA: ¿Ves? Ahí está la metáfora.

ÉL: ¿Cómo? ¿A qué te refieres?

LUNA: Esto va a salir mal.

Tú tienes novia y yo, el corazón roto.

Te voy a besar y me voy a clavar contigo.

Tú vas a besarme y luego te irás, te lavarás la cara y los dientes.

“No ha pasado nada”,
yo me quedaré aquí, en el frío de la mañana siguiente,
calculando el desastre de la noche,
con mucha culpa y vergüenza
tratando de arreglar y entender todo lo que pasó.

Porque comienzo a intuir que las cosas que me quiebran la mente
son las que más me generan placer.

JESSICA: *(Entre el público)* ¿Qué te gusta y por qué te gusta?

Luna se para frente al espejo de cuerpo completo de su cuarto. Completamente desnuda.

LUNA: ¿Qué te gusta? Pregunta Jessica en un papelito durante la clase de Física hace casi diez años. ¿Qué te gusta? Y la verdad, la única respuesta que me viene a la mente es el caos. El caos me da placer. Desde ese primer momento en la foto, mi placer ha estado ligado a experiencias vergonzosas, desagradables, ocultas. ¿Qué te gusta? No sé... Ésta es la primera vez que tengo un espejo de cuerpo completo, porque ni siquiera yo me gusto... Tomo mi tiempo para observarme. Tengo un pecho más grande que el otro. La piel gruesa y un poco amarilla. No se me marcan las clavículas... Mis

piernas son grandes, mis muslos son gruesos, tengo marcas de estrías, celulitis y flacidez. Mi estómago... Ésa es la zona que menos me gusta de todo lo que he nombrado. Tal vez si alguien me pregunta diría que me gusta todo lo que no soy... ¿Qué te gusta?... No sé. No puedo decirte porque no me conozco mucho.

ÉL: *(Todavía en la terraza. En el Halloween. En el beso)* Luna, vamos al baño. Quiero regalarte algo.

Luna, con el pelo recogido en un chongo y sus lentes, se encuentra sentada sobre su cama con una pijama calentita y su laptop sobre las piernas.

LUNA: He visto videos en YouTube, he leído el instructivo otra vez, he pedido consejo a unas amigas que también tienen este modelo.

Es espantoso. ¿Y si esto no me gusta?

¿Y si termino por depender de alguien para sentir placer?

Me tumbo en la cama.

¿No pasó eso con Adem?

Abro las piernas.

Creo que he tenido pocos orgasmos.

Pongo lubricante en una mano.

¿Qué te gusta? Pregunta Jessica en el papel.

Enciendo el juguete.

Lo introduzco.

Lo muevo un poco.

Cambio de velocidad.

La subo.

Cambio de postura.

La subo.

Cambio de postura.

Cierro los ojos.

Flashback a unas manos acariciando y masajeando mi pelo, el sueño de ese beso que tuve, unos ojos que me miran con ganas, la voz de mi ex, el francés, en el audio, el sonido de gemir de otro ex que me gustaba mucho, unas manos acariciando mis senos, una fantasía en la que lo hago en la playa, otra fantasía en la que lo hago con mi crush, otra fantasía en la que, inevitablemente, pienso en Adem. No no no no. Me concentro... Unas manos apretando una cama, una voz que susurra algo sucio, la cama que rechina de lo mucho que la movemos. (Esto no tiene nada que ver con el porno);

unos ojos que me miran fijamente, una voz que dice “me encantas”, una voz que dice “te amo”, una lengua que pasa por mi piel desnuda.

Ahí es.

Ahí es.

Ahí es.

Sí sí sí sí sí.

Cierro los ojos.

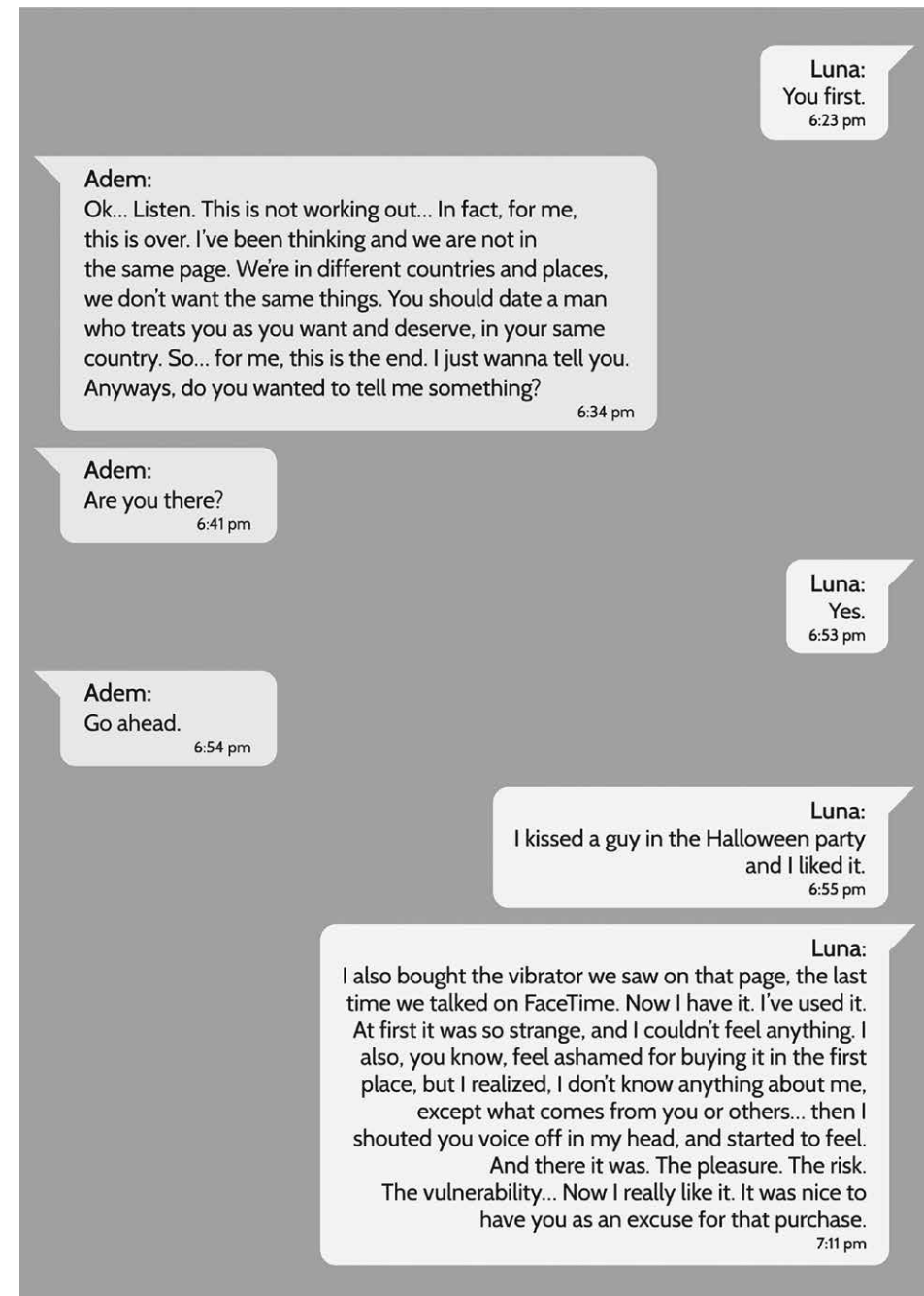
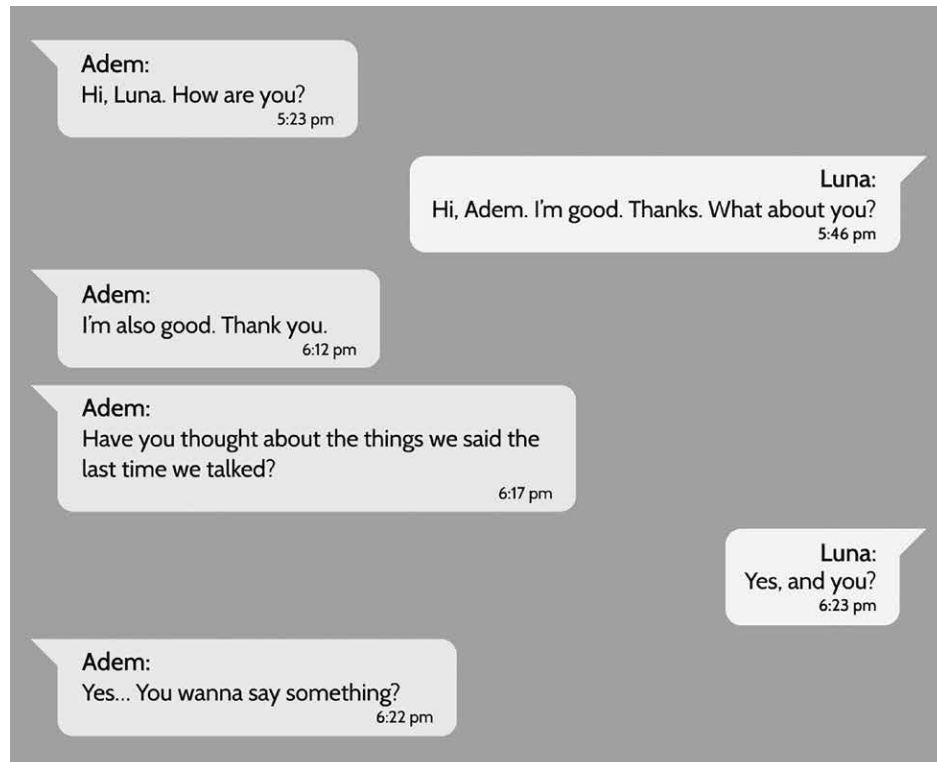
Un temblor muy fuerte.

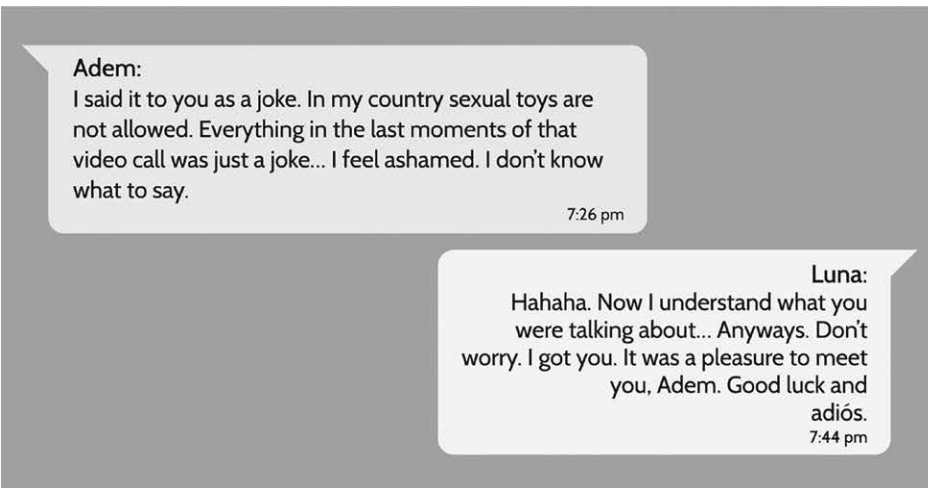
Un calor expansivo.

Mi voz que, inevitablemente, gime.

Luna se sienta. Tiene el chongo deshecho. Mira al público en silencio. Algo en ella ha cambiado. Sonríe. Se acuesta de nuevo.

De repente, comienza a vibrar el celular de Luna. Se levanta. Sale. Se escucha el sonido del agua cayendo. Los mensajes entre Adem y Luna se proyectan en la pantalla. Se escucha la voz de Adem.





Vacío. 

Vello púbico,

domesticación del placer femenino

SILVIA SANTAOLALLA

Because I'll be all you need, babe. I swear I'll try my hardest so you'll want to stay here at least a little longer than you've existed elsewhere. Like, I'll be the home of your choice. I convince myself if I keep moaning and shaving and laughing and cumming, you'll never leave. I promise, I'll always want to fuck if my stomach is flat and my pussy smooth.

Lara Konrad, "Of Purpose"¹,

Tenía 14 años cuando me enteré de que el vello en las mujeres era desagradable. Escuché a dos compañeros contar que al besar uno de ellos a su nueva novia, vio que tenía bigote. Esa fina pelusa de adolescente sobre su labio superior le generó tanto asco que terminó con ella. Y me quedé helada. Jamás había pensado en los pelitos que me crecían por todo el cuerpo. Semanas después, una chica llegó con los brazos rasurados. Todos se rieron cuando el vello volvió a crecer, indomable y abundante, sobre su cuerpo. A veces pienso si realmente la gente puede interesarse en ver tu bigote mientras te besa. ¿Alguien puede pensar más allá de la saliva y el placer?

Quizá habían pasado cuatro o cinco años cuando la vulva de Constance Quéniaux, o quien sea dueña de aquel desnudo, se abrió frente a mí. Con los labios y el pubis lleno de espeso vello negro. *El origen del mundo*, de Courbet, fue el primer desnudo famoso que recuerdo haber visto que me recordara más a lo que yo conocía. Atrás quedaban las majas y las vírgenes, las venus, las gracias, con sus pieles lisas y su pudor sugerente. La extraña mezcla entre castidad y sensualidad. La pose relajada y las piernas abiertas. Tranquila entre telas suaves, sin miedo a la mirada. Sin preocupación ante su cuerpo, ante su vello. Y quise ser ella. Sentir mi cuerpo como mío y no como de alguien más.

Si le preguntamos a Google sobre placer femenino nos dirá las mejores posiciones, aplicaciones y formas de hacer que una mujer consiga el orgasmo: *Todo sobre el orgasmo femenino. Síntomas de un orgasmo. Clitoris: definición. Posiciones, orgasmos y juguetes*. Incluso nos dirá que en pleno siglo XXI la mujer ya tiene las riendas de su sexualidad y sus orgasmos:

La exigencia de disfrutar en las relaciones sexuales porque el sexo no es sólo para procrear: "Hemos pasado de cambiar nuestro cometido de objeto

¹ Porque seré todo lo que necesitas, cariño. Lo juro, haré mi mayor esfuerzo para que quieras estar aquí al menos un poco más de lo que has estado en otros lados. Seré el hogar de tu elección. Me convengo a mí misma de que si continúo gimiendo y afeitándome y riendo y viniéndome, nunca te irás. Te lo prometo, siempre querré coger si mi estómago es plano y mi coño suave.

deseado (ser pasiva) a ser cada vez más un sujeto deseante (ser activo) [...]. Los límites empiezan a estar difusos y tanto las mujeres como los hombres podemos pasar por deseados y deseantes”.²

A pesar de tales afirmaciones, cabe preguntarnos si realmente somos nosotras quienes regimos nuestro propio placer y sexualidad. ¿O es la exigencia por el disfrute lo que parece libertad? Me pregunto si todas las mujeres que dicen gozar del sexo disfrutan de ellas o de que los otros disfruten de ellas. No imagino mejor placer que disfrutarme tal como soy, sin necesidad de artificio alguno o mirada ajena. Y viene a mi mente toda la supuesta revolución sexual del siglo XXI y la reivindicación del goce femenino. Pienso en el sencillo “WAP”, colaboración de Cardi B con Megan Thee Stallion, siglas para *wet ass pussy* (‘coño bien mojado’). Las reacciones negativas que generaron ambas raperas al cantar sobre el placer femenino, o el suyo en concreto, abren de nuevo la discusión acerca de qué tan abierta es la sociedad a la hora de hablar sobre el tema. ¿No se supone que somos ya sujetos deseantes?

*Make it cream, make me scream
Out in public, make a scene
I don't cook, I don't clean
But let me tell you how I got this ring
(Cardi B ft. Megan Thee Stallion).*³

Si la canción trata sobre la satisfacción que les causa ser complacidas, no dejo de pensar en el tiempo y dinero invertidos por ellas para verse de esa manera en el video, pues para portar un *body* sin mostrar vello alguno es necesaria una depilación completa. Eso quiere decir brazos, axilas, piernas y, por supuesto, vello púbico. Sin embargo, no son Cardi B ni Megan Thee Stallion las únicas mujeres que buscan romper estereotipos en la industria musical y artística y que tienen esta contradicción. Nathy Peluso, Nicky Minaj, las hermanas Kardashian, Lizzo, Doja Cat. Todas ellas mujeres voluptuosas, racializadas, que rompen con el canon europeo de belleza. Nada etéreas, no disimulan su placer, sus intereses ni su sexualidad. Y aun así, nunca les hemos visto un solo vello en la entrepierna ni en ninguna otra parte de su cuerpo. De hecho, Cardi B se grabó mientras le depilaban el vello púbico y lo subió a sus redes. Las Kardashian han hablado extensamente de su obsesión con su vello corporal y su necesidad de depilarse por completo. A Nathy Peluso la vemos constantemente hablando de lo orgullosa que está de su cuerpo mientras porta *bodies* ultracavados que dejan ver su largo cuerpo sin un solo vello. ¿Incluso las mujeres más indomables de la industria sufren de los mismos complejos? ¿Qué significa para todas nosotras la necesidad de ser pieles lisas para el placer ajeno?

² Celia Blanco, “El placer femenino del siglo XXI”, en *El País*, 14 de noviembre de 2020.

³ Hazlo cremoso, hazme gritar. / En público, haz una escena. / No cocino, no limpio, / pero déjame decirte cómo obtuve este anillo.”



TRAIGO LAS PIERNAS PELUDAS
Y ME VALE TU OPINIÓN

✍️ Andrea Honni

Vello. Del latín *villus*. Pelo más corto que nos nace por todo el cuerpo, que nos recuerda un pasado menos humano y más animal. Pelo que nos sale desde la pubertad y que no se detiene. Pelo que se convierte en amenaza a la belleza femenina occidentalizada. Si bien todo el vello tiene un papel biológico y, a pesar de ello, es depilado al extremo, es el púbico el que más me interesa, pues su cometido y el interés en depilarlo están estrechamente relacionados a la sexualidad femenina: “La función biológica del vello púbico está relacionada con la diseminación de las feromonas de las glándulas apocrinas genitales, y con el fin de enviar un mensaje visual de fertilidad pues refleja maduración sexual”.⁴

¿Por qué querríamos remover el signo de nuestra madurez sexual? ¿De verdad lo hacemos por gusto? Podríamos creer que la remoción de vello es un hábito muy reciente en la historia humana, pero es posible rastrearla incluso hasta la prehistoria. Durante siglos, tanto hombres como mujeres se depilaron y rasuraron como forma de combatir los piojos y la suciedad. Incluso en el antiguo Egipto era un signo de higiene: “Se consideraba

⁴ Luis Alfonso Díaz-Martínez, “La contextualización histórica y social de la remoción del vello púbico femenino”, en *Revista Colombiana de Obstetricia y Ginecología*, vol. 64, núm. 4, octubre-diciembre 2013, p. 453.

⁵ *Ibidem*, p. 454.



que la remoción del vello reducía las infestaciones pilosas corporales, con el sentido de que el cuerpo sin pelo estaba más limpio”.⁵ Pero fueron los griegos quienes comenzaron con la obsesión de la depilación femenina. Crearon una tradición que sigue vigente, en la que sólo las mujeres debían lucir pieles lisas y sin vello como símbolo de pureza y belleza: “En ellas [las mujeres griegas], sin embargo, no era aceptable. El vello era cosa de mujeres sucias, de clase baja o de prostitutas. Así que las que se consideraban respetables eliminaban de su cuerpo todo pelo innecesario”.⁶

Pensemos en la *Afrodita de Cnido*, de Praxíteles, una de las obras más célebres del escultor griego, hecha alrededor del año 360 a.n.e. Representa a la diosa griega del amor erótico, pero, más allá, representa a la diosa de la belleza y fertilidad femeninas. Su cuerpo es mármoleo, liso, sin vello alguno. Su mano cubre con pudor su vulva. El momento justo cuando nuestra vista la interrumpe a punto de tomar un baño. La escultura fue tan admirada que numerosos escritos la mencionan e, incluso, insinúan que hubo quienes se enamoraron de ella.

Tanto su pose, después nombrada *Afrodita púdica*, como el canon de belleza que representa se replicaron durante la época griega y romana, por ejemplo, con el poeta Ovidio, quien declaraba que “pelo indómito en las niñas era signo de depravación”.⁷ Ambos fueron retomados siglos después por los renacentistas. Aunque el Renacimiento trae consigo una mirada menos púdica, que no tapa los genitales y expone los cuerpos de manera más sensual, el vello sigue sin aparecer. Y no sólo como un motivo estético. ¿Qué habría de malo en mostrar algo natural si era lo que se buscaba? Un motivo social pesaba más que ningún otro. Y éste era la mirada juiciosa hacia él, la creencia de que era una suciedad que debía ser eliminada.

También se entendía como un signo de bestialidad, por eso la depilación eliminaba del cuerpo de la mujer todo rasgo animal y la devolvía toda su humana sensualidad. Y era, además, algo lujurioso, lúbrico. Tan sólo las prostitutas dejaban sin depilar su monte de Venus.⁸

Se hace evidente que la presión de eliminar el vello va de la mano con la finalidad de eliminar todo supuesto rastro de bestialidad en la mujer; muy al contrario del hombre, para el que puede resultar una característica apreciada. La mujer, con su tendencia a la naturaleza y la magia, debía ser domesticada por los hombres para poder ser disfrutada. Pienso en cuantas mujeres, obras y representaciones femeninas conozco en las que se muestre el vello como algo natural, sin connotaciones de lujuria, maldad, suciedad o vileza. Son escasas.

Algunas podrían pensar que no hay más complicación que decidir la manera en la que nos gusta llevar nuestro vello, como decidir qué peinado, corte de cabello o ropa usamos. Sin embargo, ¿no es lo más pequeño

y común, lo que damos por hecho, lo que construye nuestras sociedades? “Cuando hay algo que en teoría es pequeño, pero que ofrece tanta resistencia al cambio, significa que hay algo simbólico que merece la pena cambiar”.⁹ ¿Qué refleja un debate en torno a una decisión que debería ser personal y no impulsada por el deber social? La escritora Bel Olid, en su libro *A contrapelo: por qué cortar el círculo de depilación, sumisión y auto-odio*, reflexiona sobre la imposición de llevar el cuerpo entero depilado sin una razón aparente. Olid plantea dos argumentos, anteriormente pensados por otras feministas, sobre el origen del deber ser de la mujer depilada; en ambos subyace la cultura de la pedofilia y el control de los cuerpos de las mujeres. La primera tiene que ver con la sexualización de las menores. Cada vez niñas más pequeñas están siendo expuestas a comentarios ofensivos que las invitan a pensar en sus cuerpos como deseables o no y, además, en que su valor como personas recae en esa deseabilidad. En el otro extremo se encuentra la infantilización de los cuerpos de las mujeres adultas. Si el vello púbico es la declaración de la madurez en los seres humanos, al eliminarlo el mensaje es preciso: las mujeres no podemos ser adultas. Eternas niñas con disposición sexual: la misma pose sugerente pero virginal de la mayoría de los desnudos femeninos.

Finas melenas de mil colores son arrancadas, recortadas, depiladas, eliminadas, todos los días de todos los años alrededor del mundo. Suprimir la humanidad, la bestialidad, la lujuria entre las piernas. Domesticar nuestros cuerpos a través de la sumisión de repetir rituales de belleza. La tranquilidad de no generar juicios negativos ni desprecio cuando mostramos nuestro cuerpo. El problema no es la supresión del vello, sino la supresión de la verdadera humanidad del cuerpo femenino. Del verdadero goce de ser y experimentar el tipo de sexualidad que queramos llevar. Del simple gesto de poder vestir lo que queramos sin perder o ganar valor como seres humanos. Escribo sobre el vello, pero también sobre el apaciguamiento de nuestro desenfreno, de nuestro placer y de nuestra verdadera identidad. **P**

⁶ Mariángeles García, “Arte depilado: el vello femenino en las representaciones artísticas de la historia”, en *Yorokubu*, 10 de noviembre de 2019.

⁷ Luis Alfonso Díaz-Martínez, *Idem*.

⁸ Mariángeles García, *Idem*.

⁹ Paula Corroto, “Manifiesto antidepilación: Se nos califica de feministas, lesbianas y mal-folladas”, en *El Confidencial*, 7 de noviembre de 2020.



Con esto que nuevo

JULIA IVALÚ

Venga
que me han bailado
o que eso dicen
que eso intentan

Já
que no lo han logrado
que pa' que me bailen
no basta seguirme

Pa' bailar conmigo
no hacen falta canciones
yo tengo en la carne
ritmo suficiente
pero has de entregarte
a mí enterito

que así de a cachito

te

vas

a

caer

ese temple palurdo no aguanta este son

No sé si tú sea'
o si sea el de mañana
pero mi cuerpo jarioso
ya sabe a quien ama

Te amo mañana

con esto que nuevo
con esto que nuevo
con esto que nuevo

Así que

venga

que quiero que nos mueva

que este baile

sea

nuestro

ritual

un acuerdo

de cuerpos

que retumban

de sabores

de pasos

paladeados

Que tu son son

llegue a mis entrañas

mis caderas

te paren y te enreden

Un paso

parado

un paso

lamido

y otro que sea

rechupeteado

Un paso

lentito

aquí suave y sin miedo

pa' que entre en calor

y no me duela al caer

Un paso

tirado

un paso

que grite

un paso que arranque

esta alma rabiosa

Un paso

desdoblado

un paso

sencillo

Un paso _ con tu dedo

paso _ con tu lengua

y que mi boca se llene de vos.



Diego Tapia. *El abrazo*, Jovanski Castañeda



Floreces

ALEJANDRO SÁNCHEZ CANCINO

A Ileana

Si buscaras, acaso, los hilos
que sostienen los pétalos
soberbios de las flores,
con sus ganas espectrales
de ser divisadas,
encontrarías una corónica tragedia
nunca antes vista,
nunca antes reventada
en el pecho de la calma.

Hoy
que se enrede la tierra.

Las tardes que masticaban la banqueta
me han otorgado una tregua.

Hoy
amarraste tus venas más moradas
a este trueno sordo.
Obsequiado botón que desabrocha
con su carne invisible la luz
de los días que no esperan.



Estampas

LUCERO DE LA FUENTE

—Debí ponerme otros zapatos —dije mirando las botas en el pavimento que brillaba bajo el sol.

Sasil tomó asiento junto a mí en la banca del parque, bajo la sombra del flamboyán. Flores rojo candela habían formado una alfombra para mis botas, pesadas y negras, y para sus livianas sandalias. Tenía calor desde la punta de los dedos hasta la coronilla; el sudor se acumulaba en mi rostro. Ella inundó la plaza con su risa estridente.

—Me da gusto que encuentres alegría en mi desgracia —le di un codazo de juego en las costillas.

Extrañaba su risa.

—¿Sí o no te dije que trajeras algo más fresco? Ya hasta pareces turista —contestó.

—No sabía que ibas a querer repartir volantes todo el día.

—¡Qué larga, pelaná! —ahora fue ella quien me dio un codazo ligero—, con trabajo ha pasado una hora.

—¿Ya nos podemos ir? Se me están cociendo los pies.

—Hasta crees —se levantó y me extendió la mano—. Ándale, vamos al mercado ahora.

—Sasil—Ha, ya vámonos, por favor —me quejé.

Ella sólo se me quedó viendo con las cejas levantadas hasta que acepté su mano.

Recorrimos la plaza principal. Las palomas se levantaban torpes con nuestros pasos. Cruzamos frente a la iglesia construida con piedra, entre las palmeras que se sacudían con el viento estival, hasta el mercado. Sasil me iba contando que en Mérida había ido a un karaoke y cantado a Paulina Rubio, su ídolo de la adolescencia. Valía la pena repartir los volantes si eso me permitía caminar de su mano.

Al día siguiente fuimos a una reunión con el recién formado Comité Kaajal. Sasil explicó qué tal nos había ido en la jornada informativa. Omitió la cara de aburrimiento de la mayoría de las personas que, como a mí, le costaba vislumbrar los peligros, y en consecuencia preocuparse, de una granja porcina que apenas estaban construyendo a varios kilómetros del pueblo. En cambio, las mujeres del Comité, entre las que estaba mi madre, encontraban indispensable involucrar a todos en una manifestación contra el proyecto. Doña Chuuch, que aparte de ser la líder oficial del Comité era la madre de Sasil y me conocía desde antes de empezar a caminar,



Andrea Honni

argumentaba que los desperdicios de la granja contaminarían el manto acuífero de los cenotes que proporcionaban agua al pueblo. Su hija había sido la primera en creerle, y por ella yo pasaba mis vacaciones escuchando discursos y repartiendo volantes.

Cuando terminó su turno, Sasil regresó a su lugar junto a mí. Nuestras sillas estaban pegadas y su brazo rozó el mío varias veces durante la reunión. No escuché nada, toda mi atención estaba en los parches de piel que sentía de Sasil—Ha. La junta terminó cuando el sol se puso. El cielo se fue pintando de tonos rosas hasta llegar a un rojo muy parecido al del flamboyán, como si se estuviera quemando dulcemente. Saqué mi teléfono para tomarle una foto. Sasil entornó los ojos y se rio.

—¿Qué? ¿No hay atardeceres así en México? —guardé mi celular—. ¿Quién te manda a irte tan lejos? —contestó mientras caminábamos.

Atrás venían nuestras mamás conversando.

—Tú también te fuiste.

—A la capital del estado, no del país.

El resto del trayecto lo hicimos calladas. Al llegar a la puerta amarilla de mi casa ella propuso andar en bici al otro día; agregué ir por un helado a La



María Félix. Quería comer todos los sorbetes de coco que pudiera antes de regresar a la universidad.

Nos vimos a las ocho de la mañana, antes de que el calor se hiciera insoportable. En vez de las botas que usaba a diario en la ciudad, me calcé las sandalias que había dejado en casa cuando me mudé. Sasil llegó con el cabello mojado, oliendo a su champú de coco y a jabón. Tuve que contener el impulso de meter los dedos en su pelo húmedo y besarla ahí mismo, en la calle en la que crecimos y en la que solíamos jugar al resorte y a brincar la cuerda.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Me había quedado embobada. Monté en la bici y pedaleé sin contestar. Le dimos varias vueltas al pueblo. El aire era cálido, casi arenoso, y nos soplaba en todo el cuerpo. Espantamos un grupo de gallinas que estaba muy quitado de la pena en la calle, cerca del Ayuntamiento. Un gallo poco temprano cantó. Cruzamos la estación de las combis que se iban llenas hacia Mérida: no eran vacaciones para todos. Yo dejé que ella se adelantara varias veces porque me gustaba ver su cabello flotando y su bicicleta, que habíamos pintado hacía ya años de verde manzana. Cuando cruzamos la plaza principal, coloreada de morado y rojo con las buganvillas y los flamboyanes en flor, Sasil pareció atravesar una pintura. Lamenté no haber llevado mi cámara.

Don Tenorio apenas estaba abriendo La María Félix, como había bautizado a su negocio hacía 30 años. Nos saludó con la mano al vernos llegar.

—¿Una paleta de tamarindo y un sorbete de coco? —dijo apenas nos acercamos lo suficiente para escuchar su voz ronca por los años y el cigarro.

Nos sentamos bajo una vieja y descolorida sombrilla blanca. Igual que cuando era una niña, Sasil mordió su paleta de hielo como si no tuviera sensibilidad en los dientes. Yo chupé el dulzor de mi helado. De repente, ella estiró el brazo y pasó un dedo por la comisura de mi boca para limpiar una mancha. Fue sólo un segundo. Por suerte, en ese momento ella decidió levantarse para invitar a don Tenorio a la asamblea del próximo viernes, lo que me dio oportunidad de estremecerme sin que nadie lo notara. Escuché que él interrumpía varias veces la explicación de los peligros de la granja porcina: dijo que ya estaba viejo para esas cosas, pero Sasil supo convencerlo diciéndole que le quitarían poco tiempo y que, aparte, a doña Chuuch y a las demás mujeres les daría mucho gusto verlo por ahí. Sonreí mientras dejaba que el helado de coco se derritiera y se escurriera en mis dedos por estar escuchando la interacción.

Regresó levantando ligeramente la barbilla como siempre que estaba satisfecha consigo misma, con las manos en las caderas como si estuviera dispuesta a convencer a quien fuera que se plantase enfrente. Deseé, todavía más que antes, haber cargado con la cámara. Sasil me había pedido que documentara las actividades del Comité y yo sólo quería documentarla a ella: sus piernas largas, su piel oscura, el lóbulo de sus orejas, la

forma ancha de su nariz, tan parecida a la de doña Chuuch y tantas otras personas del pueblo, pero única en ella.

En la noche fuimos a mi casa. Abrí todas las ventanas, que mi madre cerraba por manía, y prendí el ventilador de techo del cuarto. El interruptor estaba apagado para evitar el calor y la luz blanca del celular de Sasil le alumbraba el rostro; cuando empezó la película, dejó el teléfono y se acostó en su lado de la cama. Me tendí junto a ella. A diferencia de todas las otras veces, sentí el cuerpo tieso, como si estuviera hecho de madera. Los hombros de ella eran luces tersas que yo me moría por alcanzar con los dedos. Cuando se fue a su casa, me mojé la cara y el cuello con agua fría, mientras mamá veía la televisión en la sala.

El jueves anterior a la asamblea, Sasil me pidió que la ayudara a hacer carteles. Mis amigas de la Facultad no dejaban de mandar mensajes diciéndome que le expresara cómo me sentía, pero ella sólo quería hablar de la granja. Era como tratar de tener una conversación con doña Chuuch y no con mi amiga. Le pedí una tregua: dije que no. Era ya bien entrada la tarde y nuestras sombras se estiraban en el piso. Estábamos en el marco de la puerta de mi casa, justo en medio del calor acumulado adentro y el frescor que el aire arrastraba en la calle. En el umbral. Sasil-Ha me recordó que le había prometido ayudarla con todo lo gráfico: los volantes, los carteles y las fotografías. Tomó un paso hasta quedar muy cerca de mí. Bajé los ojos para no ver sus hombros rodeados sólo por unos finos tirantes.

—De verdad, prefiero quedarme, siento que me voy a enfermar.

—¿Cómo crees? ¿Te duele algo? —acortó todavía más la distancia y me puso la mano en la frente—. No parece que tengas fiebre.

Ese roce fue más de lo que pude tolerar. Me incliné o, más bien, me dejé caer sobre su hombro. Recargué la frente en una esquina de su cuello. Olía a ella, a su sudor de sal y al detergente de limón con el que lavaban la ropa en su casa.

—¿Estás bien? —preguntó.

Levanté la cabeza. Sus labios me quedaban a centímetros, que sin embargo no me atreví a cruzar porque ella insistió:

—¿Me vas a acompañar a hacer los carteles o no?

Cuando habló me llegó el olor a menta de su pasta de dientes, la misma marca y el mismo aroma de hacía años. Desde que jugábamos *softball* en el parque con otros niños, desde que veíamos caricaturas en su cuarto; desde que llegábamos de la secundaria a tomar una siesta, las dos con nuestros respectivos uniformes de falda café y blusa blanca.

—Ándale, vamos, yo sé que no me vas a dejar hacer los carteles con mi letra horrible.

La menta del dentífrico me estaba volviendo loca y Sasil-Ha sólo podía pensar en la asamblea. Le dije que los iba a tener que hacer sola. Ella me tomó de la mano, un gesto que nada tenía de inusual, pero que hizo que



Celina Huús. Volveremos

se me acelerara el pulso desde los dedos, la muñeca, al resto de las arterias, hasta llegar a mi corazón húmedo y terco.

—Si me ayudas yo invito los helados a la próxima —balanceó nuestras manos juntas. Miré el gesto y luego su sonrisa de convencimiento. Me recargué en la pared, sin fuerza.

—No puedo.

Ella soltó mi mano.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Eso importa?

—Claro que importa, ¿cómo puedes actuar así?

Mi pulso se aceleró todavía más, pero esa vez por el enojo que empezaba a hervirme dentro.

—¿Actuar cómo, Sasil-Ha? Si no he hecho más que ayudarte todas las vacaciones.

—¿Ayudarme? No me estás ayudando, ¿qué éste no es también tu pueblo, tu agua?

—No le ha pasado nada al agua.

—¿Dudas de lo que has escuchado a mi mamá explicar mil veces? ¿Tú también crees que somos paranoicas? ¿Entonces por qué has estado todo este tiempo en el Comité Kaajal?

—Por ti.

El enojo se desvaneció y me quedé sólo con la fuerza que me había dado. Le tomé la mano nuevamente.

—Si tú me dijeras vamos a botar piedra por piedra la granja esa, yo iría sólo por estar contigo.

Volví a acercarme hasta que casi no quedó espacio entre nosotras. Sin soltarla, le puse la otra mano en la mejilla y la acaricié con el dedo pulgar. Sentí el vello suave y casi imperceptible que tenía en la línea de la mandíbula, bajo la oreja. Su expresión pasó de la confusión al entendimiento en unos segundos que espesaron el tiempo de manera definitiva. Con el brazo que tenía libre ella quitó mi mano de su rostro, me soltó y caminó fuera del marco de la puerta. Yo me quedé del otro lado, dentro de mi casa, en su calor asfixiante.

—¿Por qué tienes que hacer esto ahorita? —preguntó.

—Sasil, llevo todo el verano esperándote.

—¿Entonces no te importa nada? ¿Ni la asamblea ni el Comité?

—Me importas tú. ¿No me vas a responder?

—Mi respuesta es que no tengo tiempo para esto. Tú escuchaste a mi mamá: nuestra supervivencia está en riesgo y a ti se te ocurre venir a enredar las cosas.

Se dio la vuelta sin titubear. Ni por un segundo. Vi su espalda y su pelo liso y negro alejarse sobre la bicicleta verde manzana. A pesar de estar ahogándome, pensé que era una imagen linda: el color vibrante de la bici, la textura submarina de su cabello. De nuevo deseé tener mi cámara. P

Apología del perezoso

(o todo sea por descansar)

ALEC MONTERO

Aun en los días cuando gozar de la mayor lozanía parece una certeza y toda actividad, por complicada que sea, se insinúa realizable, aun en el mejor estado de ánimo y salud, desearía volver a esas fechas en las que mi organismo juzgaba que lo correcto era despertar hasta mediodía o después. Reconozco, por supuesto, el espejismo de poder tener el *non plus ultra* de una óptima salud, ahora que la adultez física comienza a imprimir sus signos en mí. En más de una ocasión la enfermedad ha significado un pretexto para detener mis labores habituales. Si se presenta la oportunidad de pasar gran parte de la jornada prostrado en cama, no veo una razón para no tomarla. Al día siguiente, cuando se me recrimine a causa de mi inercia, podré responder al refunfuñante en turno que me hallaba incapacitado por razones de salud, y sé que comprenderá por empatía obligatoria.

A pesar de que mi espíritu tiende con facilidad a la pereza, no puedo permanecer demasiado tiempo en cama, a menos que sea de noche, libre de incomodidades. Al poco tiempo recuerdo algún pendiente o no acierto a definir una postura agradable y tengo que levantarme. No es posible para mí dormir en el día y buena parte de mi vida me han acosado problemas de insomnio. En mi familia aconsejan que, para solucionar esta falta de descanso, se recurra a la constante actividad física, pero incluso cuando sigo esta receta, acompañada de diversas infusiones herbales, han persistido mis dificultades para conciliar el sueño. Se comprenderá entonces por qué me molesta tanto despertar antes de tiempo —eso que considero muy temprano—, lo cual me ha sucedido a menudo en los últimos meses. También de aquí se deriva mi deseo

Adrián Noguez. De la serie *Detrás de las párpados, meditaciones y hormonas*

de quedarme algunos minutos en cama, luego de haber despertado, con la determinación de que las cosas estarían mejor si pudiera continuar así por un periodo indefinido.

No es sano que un adulto duerma más de ocho horas. Lo sé, me lo han dicho los médicos. Basta, inclusive, con escasas siete, después comienzan a morir las neuronas; pero no puedo dejar de sentirme bienaventurado cuando me levanto tras una noche de buen descanso, puntos extra si fueron más de nueve horas. Por suerte, cuando ingresé a la universidad, lo más temprano que comenzaron mis clases fue a las diez de la mañana, como si estuvieran planificadas a mi medida. No soportaría volver a entrar a las siete, cuando todavía está oscuro en horario de verano.

No debo dormir más de ocho horas, aunque compruebo —con cierta envidia— cómo mi gato sí tiene autorizado hacerlo casi todo el día. Podría despertarlo en cualquier momento y decirle: “arriba, arriba, ¿no sabías que un emperador debe morir de pie?”. Lo más probable es que haría caso omiso y volvería a su sueño, pues cumplir entre 12 y 16 diarias es quizá su única obligación.

O también están los koalas, que llegan hasta las 22, y los perezosos, que defienden la semántica de su nombre con 20. Les sigue una larga lista de colegas somnolientos. A veces comienzo a sospechar que también nuestra biología nos habría facultado para acompañarlos en esas extendidas siestas, pero hemos acordado en un contrato de civilización que las cosas no pueden funcionar así. Nos hemos forzado a creer que nuestros cuerpos están hechos para el trabajo y no para el descanso; en consecuencia, la humanidad desprecia a



aquellos cuyas aspiraciones se remiten a las necesidades fisiológicas y nada más. Dormir, comer y volver a dormir, una vida acaso más fascinante que nuestra ficción de trabajar, trabajar, trabajar y soñar con el trabajo.

Claro que no todo descanso se reduce a dormir. Puedo disfrutar más cuando no hago nada, cuando me encuentro en absoluto reposo autoconsciente, como el que está ahí —en la posición de su preferencia— y deja que el flujo lo sobrepase. El quieto móvil que descansa de hacer el mundo, que se aleja de las labores mecánicas al comprender que esa pausa de longitud variable tiene mayor valor que el trabajo de los monos infinitos que podrían escribir las obras completas de Shakespeare.

Ni siquiera me levanto temprano para ponerme a escribir, pese a las varias sugerencias de modificar mi rutina para ser más productivo. Con frecuencia el solo acto de imaginarme escribiendo es agotador, no porque tenga que realizar un gran esfuerzo físico, sino porque me he acostumbrado a un pensamiento mágico bajo el cual creo que los textos se escribirán solos en cualquier momento. Admito que tal idea es incompatible con la lógica de este mundo, pero hago un llamado a todos los in-



ventores e ingenieros a que, si saben de algún mecanismo para llevar el pensamiento directo al papel o a la pantalla en forma de palabras, por favor, sean tan amables de construirlo o de compartir las instrucciones.

Admiro el trabajo de personas como José Kózer, que comienzan su día muy temprano y disponen que su primera acción sea escribir, con una disciplina tal que alrededor de la hora del almuerzo ya están libres para dedicarse a todo lo demás. Sin duda, la mayoría de las personas que se levantan en la madrugada o en la temprana mañana lo hacen por necesidad. Cruel realidad que despoja de sueños a los soñadores y les impone una dinámica de perseguir el siempre postergable descanso, ya sea en modalidad fin de semana, vacaciones o muerte.

Por mi parte, agradezco tener aún la oportunidad de elegir la inacción y la no-escritura, mis pequeños “paraísos artificiales”. De lo que nunca he podido descansar es de las ideas. Hasta en los recesos estoy construyendo mi plan de escritura o de acción, que rara vez llego a poner en práctica. Un poco como David Foster Wallace se preocupaba por no estar escribiendo, así llego a


angustiarme cuando he extendido el ocio y la inactividad. Pienso que justo en ese momento podría estar llevando a cabo uno de mis planes o cumpliendo una de mis tareas sin resolver, que no merezco tanto tiempo de esparcimiento porque, de seguro, he olvidado que debía hacer otra cosa. A mi natural holgazanería se impone un guardián obsesivo compulsivo.

Esa parte racional —de acuerdo con los estándares utilitarios de hoy— me dice que es imposible descansar para siempre. No sería nada de mí si así lo hiciera. Aunque, claro, de vez en cuando me gustaría ser nada, quedar al margen de la historia con tal de no obedecer principios en los cuales no creo. Me gustaría tener razones suficientes, más allá de los imperativos obvios, para justificar la actividad o el movimiento, los reversos de la pereza.


Si de cualquier forma seré nadie, puedo inspirarme en las grandes personalidades a fin de facilitarme el camino. (Creo en la ley del mínimo esfuerzo, sobra mencionarlo). Puesto que descubriría buena cantidad de ejemplos, no acudiré a las figuras modélicas de la actividad humana, aquéllas cuyo empeño las ha colocado en la cima y han dado lugar a una legión de admiradores que pretenden alcanzar la misma posición. Muchos héroes, a base de un continuo trabajo duro —y que, por tanto, según las teorías de mi familia, jamás habrían experimentado el insomnio—, se han alzado como mitos de una cultura afianzada en el rechazo de la holgazanería; héroes, pues, provenientes de todas partes. Cada quien tendría el suyo: sus padres, algún otro familiar, amigo o conocido, o bien esos emprendedores y multimillonarios que son la sensación de ciertos individuos porque comenzaron, *como tú*, desde abajo, desde ese pequeño negocio, esa pequeña idea. Los que jamás renunciaron dado que tenían sus metas muy claras.

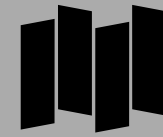
No, me interesan los otros, aquellos que obtendrían los galardones al más inútil, al más improductivo, al más ocioso y al que ni siquiera ha hecho lo suficiente para ganarlos. Gran error mío querer investigarlos, es decir, hurgar en los archivos para dar con sus respectivas biografías, cual novela de Vila-Matas. Los auténticos perezosos son los sin-nombre, quienes jamás tuvieron un sitio porque eso implicaría haber trabajado lo suficiente para adquirirlo. Todo enunciado que nombre y concretice a estos personajes sería una mentira.

Así pues, está el caso de Anónimo Martínez, quien nació y no hizo mucho más. Sin títulos, epítetos ni calificativos, alguna vez fue un infante y eso, por sí solo, representó un logro. Se especula que durante el tiempo que duró su vida se dedicó sólo al placer de la inactividad. Después, Anónimo falleció y sus familiares se preguntaban qué inscribirían en su epitafio. Quedó en blanco, justo como el de Siempretrabajador González, fallecido ese mismo día. De ambos se dijo más tarde, en distintos sentidos, que habían desperdiciado su vida. Se le reclamó a Anónimo haber transcurrido siempre en el descanso, a pesar de su enorme potencial para realizar todo lo que se propusiera; de Siempretrabajador se lamentaba que hubiera estado al servicio de alguien más y no de sí mismo.

A los perezosos, en mayor o menor grado, nos conforta saber que todo asunto está siempre a medio hacer y que, sin importar nuestra contribución, permanecerá en ese mismo estado. Nada me garantiza que, tras mi muerte, abra los ojos en otra dimensión, se aproxime a mí una especie de fantasma y me diga: “¿Qué tal estuvo el descanso? Bueno, ahora a seguir trabajando”. 



 Adrián Noguez. *Cuerpo*



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

EL JUSTO CALIENTE

HEREDADES

UNA TARDE CON AMPARO DÁVILA:
GLOSAS DE UN ENCUENTRO

ENTRE VOCES

EL PLACER EN CLAVE FEMINISTA.
ENTREVISTA A MARISABEL MACÍAS

BAJO CUBIERTA

LEONORA CARRINGTON: LA DISCIPLINA
NOCTURNA

EXPLORAR LOS CAMINOS DEL PLACER





El justo caliente

OFELIA LADRÓN DE GUEVARA

Sin querer, me acabo de comer de más la uña del índice de la mano izquierda. La culpa la tiene la regadera de mi nuevo departamento que, por más que he intentado arreglarla, no queda bien. Incluso, por recomendación de un amigo, vino don Francisco, que tiene casi 40 años en el oficio de arreglar duchas, pero, sin importar su talento y experiencia, no supo qué hacerle. Quizá sólo me queda renunciar y bañarme con agua más fría que caliente. Pero para alguien como yo, que estructura su vida y prevé el más mínimo detalle, eso es imposible. Para estar tranquilo necesito la certeza de que al abrir la llave saldrá el justo caliente que me gusta.

Estos últimos días he notado que, por culpa del problema con la ducha, el día se me sale de control. El lunes llegué al café al que voy cada tarde y lo encontré cerrado. Olvidé la ley infalible que ningún parroquiano puede olvidar: *Los lunes, nunca pero nunca, el café abre*. Y ahí, frente a la enorme puerta de madera, sólo pude pensar en que uno necesita de sus certidumbres, del pequeño placer cotidiano de sentarse en la misma mesa todas las tardes a tomar café, y no olvidar, por nada en el mundo, que los lunes el café cierra.

La culpa la tiene la regadera. No hay de otra. Hoy salí muy justo de tiempo para el trabajo. Y aquí vengo en el embotellamiento del Periférico, con el dedo sangrando porque me comí de más la uña del índice de la mano izquierda. Quizá tenga que cambiar mis baños a la noche o dejar de bañarme todos los días.

¡Tan bonito que se veía el departamento! La cocina grande, la terraza... Quién iba a pensar que la regadera... Si no hubiera gastado mis ahorros en el depósito, no dudaría en mudarme de nuevo. Pero ahora estoy atrapado por esta regadera, ¿qué le cuesta darme el justo caliente que me gusta? Uno necesita pequeños placeres que doten de certeza a los días, de cierto descanso para poder continuar. Un descanso al que me atrevo a llamar esperanza. Sí. Una Beatriz que, aunque sea desde lejos, nos sonría. Y le permitía a uno llegar y alcanzar el fin de la jornada con un poco de paz.

El dedo no deja de sangrarme, ya me lo apreté con un Kleenex y ni así la sangre deja de salir. Quién iba a decir que una regadera fuera capaz de tanto, pero aquí voy, hundiéndome en los coches que no avanzan, en los cláxones que gritan, en el smog... Será la primera vez que, en mis 58 años, llegue tarde al trabajo. Y todo por esa maldita regadera. 📍

Una tarde con Amparo Dávila:

glosas de un encuentro

EDUARDO CERDÁN

A través de las nubes mugrosas de la Ciudad de México se filtraba una resolana incómoda, pegajosa. Aún soplabla el viento del Mictlán, que llega con noviembre y se va con él, cuando a finales de 2016, un lunes antes de la comida, visité la casa de La Magdalena Contreras cuyo timbre está custodiado por la palabra "DÁVILA" escrita dos veces con plumón indeleble, arriba y abajo. Brillaban los barnices del amplio portón y de la puerta del lado izquierdo, a la que se llega por una escalinata pequeña, de tres escalones apenas, con barandales de fierro a los lados. En la manija y pintada de negro, la cabeza de un ángel con cara demudada.

Tras timbrar una vez, me recibieron primero unos ladridos y luego una mujer que asomó media cabeza. "Pásele", dijo. Me interné en la casa oscura (alcancé a ver al fondo, cerca de la escalera, a un Cristo enorme) y me invadió el vértigo que se vive cuando nos volvemos huéspedes, aunque sea por un rato. Quien me recibió dijo que esperara a "la señora" en su biblioteca, que ya no tardaba, y me dejó solo. Husmeé de derecha a izquierda: por la luz que entraba de afuera, espejeaban los portarretratos en los estantes de los libreros. Fotos familiares, Cortázar, Kafka...

Precedida por su andadera, llegó con una gata tricolor que caminaba a su lado. Las manos adornadas con anillos, los labios brillantes, el pelo como algodón de azúcar moscabada y los ojos achicados por la edad, algo felinos, con gruesos trazos alrededor. "Buenas tardes", dijo con voz temblorosa.

Así conocí a Amparo Dávila.



Ricardo Salazar. Amparo Dávila con su gata Memphis, 1958

Movido por la admiración, esa tarde la entrevisté (yo, que jamás había ni he vuelto a entrevistar a nadie) sin razón aparente. La idea de articular esa conversación en un texto, que se publicó al año siguiente en *La Jornada Semanal*, vino después. El hecho es que yo quería oír de viva voz, por ejemplo, cómo era el pueblo zacatecano en que nació Amparo Dávila:

Las casas de Pinos —me contó— son de habitaciones muy grandes, sumamente grandes, y Pinos es un pueblo muy frío, con mucho viento. Cuando yo nací, lloraba mucho y no sabían de qué. Un día que dejé de llorar, fueron a verme y estaba yo plácidamente dormida rodeada de gatitos que había llevado una gata de mi mamá. Los llevó y los acomodó junto a mí, cerca de mí. Eso hizo que dejara de llorar. Mi abuela dijo que era muy peligroso, que los gatos tenían pelo y que eso les hacía mucho mal a los niños, que me podía perjudicar.



De izquierda a derecha: Luis Mario Schneider, Alberto Dallal, Amparo Dávila y (?)

que me los quitaran. Me los quitaban y yo lloraba. Cada vez que la gata podía, iba y los acomodaba conmigo. Desde entonces conozco a los gatos y convivo con ellos. Tengo nueve gatos y seis perros. Me gustan mucho los animales. Fíjese que de niña, como había muerto mi hermano Luis Ángel de cuatro años, me quedé muy sola, y en la noche eran mis perros los que me acompañaban. Yo tenía cinco años y mucho miedo.

La anécdota me atrae porque funda una suerte de mitología personal que la autora construyó, creo que de manera deliberada, y que habla de una experiencia vital temprana que debió de moldear su poética. O quizá fue al revés: a lo mejor sus aficiones a la hora de contar sus historias ribetearon aquel recuerdo con una atmósfera lúgubre, muy davileana, e insertaron un personaje que podría ser la semilla de algún cuento inquietante: un bebé que llora en la oscuridad, como en “La puerta condenada”, de Julio Cortázar. Con el argentino, por cierto, Amparo Dávila inició una relación epistolar interesante —según me explicó— gracias a una amiga en común: la académica Emma Susana Speratti

Piñero. Me dio la impresión de que Dávila seguía construyendo su propia mitología cuando me narró:

El último dueño de la casa de mi papá, que era la casa grande de Pinos, había perdido una pierna y le habían adaptado una de palo, de la rodilla para abajo, pues no había otra opción de cirugía. Decían que ese señor, que era muy rico, se había casado varias veces y que una de sus esposas, que había muerto (la última, creo), deambulaba por la casa con una vela encendida, con su vestido de novia. No sé si en realidad yo los veía. Todavía en este momento no sabría decirle a usted si eso fue real o no.

Lo anecdótico es central para los miembros de la llamada Generación de Medio Siglo —etiqueta útil por laxa— en México, a la que Amparo Dávila pertenece por haber publicado a partir de la segunda mitad del siglo XX. Sobre esta generación —que agrupa escrituras que sólo convergen porque divergen—, el crítico Leonardo Martínez Carrizales ha encontrado una “proclividad por las anécdotas y los testimonios de vida [...] fortalecida

en un entorno donde se ha vuelto habitual la historia inmediata, decididamente emotiva, drásticamente personalizada, [...] [promovida por los escritores para] construirse a sí mismos en tanto sujetos públicamente inteligibles, legitimando sus puntos de vista, sus elecciones públicas y sus creencias artísticas”. Imposible desligar al Carlos Fuentes escritor del Fuentes-hijo-de-diplomático, verbigracia. Difícil olvidar, mientras se leen los cuentos extraordinarios de Guadalupe Dueñas, que escribió guiones para las telenovelas de Ernesto Alonso, o que su papá —un sacerdote desertor— mataba gatos para después comérselos, o que la primera de sus hermanas —muerta a los pocos días de vida— habitó un frasco de chiles —útero de formol— durante años. También es importante entender que la Inés Arredondo que escribió algunos de los relatos más inquietantes de nuestra tradición es la misma mujer que empezó a producir narrativa porque un hijo suyo había muerto de bebé y ella —que debía drenar la leche de los senos que ya no alimentarían a nadie— encontró en la escritura una fuga y un asidero. Así son las historias que se cuentan sobre la Generación de Medio Siglo, y en general —salvo cuando éstas sirven para untar a los escritores de una pátina sagrada— me da gusto que las tengamos a la mano. No se trata de una simple vindicación del chisme (aunque algo haya de eso): también permiten conocer los contextos en que se crean los productos culturales y nos dan pistas sobre cómo son y qué viven los cuerpos que escriben. La muerte del autor fue una entelequia —interesante, eso sí— que entretuvo a la crítica durante un rato nomás. Hay que apuntar también que en la época había un terreno fértil para prodigar este tipo de anécdotas, pues esta generación es la que en los sesenta convivió con el legendario ciclo “Los narradores ante el público” del INBA, lanzado por Antonio Acevedo Escobedo, así como con la colección “Nuevos escritores mexicanos del siglo XX presentados por sí mismos”, ideada por Emmanuel Carballo y Rafael Giménez Siles.

En al menos dos discursos, uno en 1965 —dentro de aquel ciclo del INBA— y otro en 2015 —también pronunciado en el Palacio de Bellas Artes—, Amparo Dávila leyó: “Trato de lograr en mi obra un rigor estético basado no solamente en la perfección formal, en la técnica, en la palabra justa [*le mot juste*, como dijo Flaubert],

sino en la vivencia. Creo en la literatura vivencial, ya que esto, la vivencia, es lo que comunica a la obra la clara sensación de lo conocido, de lo ya vivido, la que hace que perdure en la memoria y en el sentimiento, y constituye su fuerza interior y su más exacta belleza”. Allí, en esa amplia casa de Pinos, está el germen. “Yo nací calle abajo —escribió la autora en un texto inédito que compartió conmigo—, muy cerca de la casa de mis abuelos maternos, rumbo a los arquitos, por donde pasa el agua cristalina entre las piedras pulidas por ella misma en su continuo correr. Bajo un cielo azul cobalto como la capa de los magos, azul limpio sin nubes, azul intenso el de mi pueblo, pueblo de metales y de historia, cuna de hombres ilustres”.

Nacida en 1928, Amparo Dávila se educó en colegios católicos, en los que practicó una fe que mantuvo hasta el final de sus días, y vivió, además de en Zacatecas, en San Luis Potosí. A los veintitantos años se mudó a la Ciudad de México, donde fundó una nueva vida y empezó a publicar. En varias ocasiones reiteró su agradecimiento a Alfonso Reyes por animarla a dar a conocer sus primeros cuentos. “Don Alfonso me dijo que era muy necesaria la prosa porque agilizaba la poesía —me contó Dávila—. Entonces le fui enseñando lo que escribía y le gustaba. Él dijo: ‘Hay que publicar esto. Ay, no, yo no quería. Por timidez, yo creo. Pero él insistió: ‘Fíjate que son buenos y es importante que se publiquen’”.

Hay un lapso de décadas —desde finales de los setenta hasta los dos mil— en que Amparo Dávila dejó de publicar, y seguramente esto se debe a la atención que dedicó a una de sus hijas, Loren, que murió joven y vivió con diversidad funcional. En abril de 2021, a un año de la muerte de la zacatecana, su otra hija —la psicóloga Luisa Jaina Coronel— y yo la evocamos en un homenaje organizado por la Coordinación de Literatura del INBAL. Jaina me contó que, de niña y junto con Loren, acompañaba a Amparo Dávila en sus reuniones del Centro Mexicano de Escritores. Las niñas se quedaban a jugar afuera mientras la madre cumplía con sus deberes como becaria del Centro. “El director —me explicó Dávila— era don Francisco Monterde, un académico maravilloso, y los tutores eran Juan Rulfo y Juan José Arreola. Mis compañeros eran Salvador Elizondo, José Agustín,

Julietta Campos... *Muy amigos*. A veces me iba bien y a veces no tanto. En ese tiempo hice *Árboles petrificados*, que después tuvo su Premio Villaurrutia”.

Los cuidados y lo doméstico —elementos recurrentes dentro de su obra— también fueron, pues, parte esencial de su vida y una razón de peso para alejarse del mundo literario —que no de la literatura— a fines del siglo pasado. Aficionada a la alquimia —la de a de veras y la de la palabra—, Amparo Dávila dejó de publicar libros, pero no de escribir. Ni siquiera al final de su vida, cuando las cataratas y los achaques de la vejez complicaban su labor. “Ahora estoy, fijese —me dijo en 2016—, escribiendo unos poemitas pequeños, breves, y tal vez algún cuento en estos días. No hay muchas cosas inéditas que valgan la pena. Creo que voy a publicar un librito de poesía y tal vez uno o dos cuentos. Es que no tengo ninguna rutina. A veces sueño y luego despierto, ¡jay!, digo, y empiezo a escribir. Durante mucho tiempo escribí a máquina, pero ahora mis manos son muy torpes, entonces prefiero el manuscrito”.

Para hablar de los cuentos de Amparo Dávila —la parte más deslumbrante de su obra— habría que decir, primero, que en ellos encontramos lo mejor de la literatura fantástica universal, lo cual da cuenta de su vasto conocimiento de la tradición. Aunque me confesó, eso sí, que leyó a Poe tarde en su vida, sólo después de publicar su segundo libro, porque la colitis y los terrores nocturnos —paliados gracias a un psiquiatra que le recomendó Alfonso Reyes— no se lo habían permitido. “Le tenía terror a la noche —llegó a contarme más de una vez—, y todavía hoy duermo con la luz prendida porque me da miedo la oscuridad”.

En su cuentística abundan las atmósferas lóbregas, los aparecidos, motivos clásicos de lo fantástico —como el *doppelgänger*— y personajes en una zozobra permanente. Dávila produce miedo a través de lo no dicho, del silencio, y el mejor ejemplo de este recurso es su cuento más famoso, “El huésped”, en el que nunca se devela qué o quién llega a aterrar a las habitantes de una casa “de provincia”. El recurso de lo incierto vuelve a aparecer en textos logradísimos como “Alta cocina”, “Moisés y Gaspar” —“son el destino”, me explicó ella misma a propósito de estos personajes— y “La casa nueva”.

Se ha dicho que sus cuentos están casi vaciados de referentes de espacio. Con sus ambientaciones góticas, parece que sus textos podrían ocurrir en cualquier lugar de una época pasada. Es una verdad a medias, porque también hay momentos puntuales en ciertos relatos que a todas luces hablan de su contexto, de cómo opera el machismo, de cómo se configuran los roles dentro de la pareja tradicional mexicana. La represión a los estudiantes de nuestro país en los sesenta se menciona de paso en el cuento “El desayuno”, por ejemplo. Amparo Dávila abrió brecha porque supo leer al canon, apropiárselo y darle la vuelta: tomó lo fantástico como piedra angular en su literatura para desplegar desde ese recurso sus obsesiones, sus preocupaciones, los temas que interpelaban a una mujer mexicana del siglo XX. Me acuerdo ahora del cuento “El último verano”, que habla de la maternidad no deseada, de un aborto espontáneo en un lugar donde la protagonista, como mujer, tiene todas las de perder, y hace una crítica agudísima desde lo fantástico. Ahí está la subversión, la huella de una autora como ésta.

Amparo Dávila es, en fin, la cuentista siniestra por excelencia. Un hermano incómodo que vive en el sótano, una tela que parece cobrar vida, una niña conminada a beber sangre de borrego, una turista que visita un hotel de pesadilla durante Halloween, una amante que parece seguir en forma de sapo a la esposa celosa, un hombre que de un día para otro hace berrinches como si hubiera vuelto a la infancia, el producto de un *miscarriage* que acecha a la madre como un montón de gusanos... Ésas son algunas imágenes siniestras de los cuentos de Amparo Dávila. Lo siniestro: el elemento perturbador que irrumpe dentro de una realidad cotidiana, anodina, que de pronto se vuelve dantesca.

Ya he llenado muchas páginas, pero podría llenar aún más, sobre la pasión que me despierta la obra de Amparo Dávila, sobre la persona entrañable que fue, sobre la admiración que me provoca su compromiso con la literatura, cualidades que la llevaron a abrirse paso no sólo con cuentos: con cuentos *fantásticos*, en un medio machista y a contracorriente de un canon que privilegiaba la novela que se avenía al realismo y que hablaba de aquello que los señores llamaban “los grandes temas”. Pero no digo más, que ahí está la obra de



Ricardo Salazar. Amparo Dávila con su gato Nilo, ca. 1972

Amparo Dávila —breve, intensa, brillante— para hablar por sí sola.

“Que no me muera/ un día nublado y frío/ de invierno/ y me vaya tiritando/ de frío y de miedo/ ante lo desconocido [...] / Quiero irme/ un día soleado/ de una primavera reverdecida,/ llena de brotes y retoños,/ de pájaros y de flores,/ a buscar/ mi Jardín del Edén,/ mi Paraíso Perdido”, escribió Amparo Dávila en su “Semblanza de mi muerte” —cuyo mecanuscrito atesoró—, y así fue.

“Nunca me he retirado de la literatura —me dijo—. Sólo hasta el día en que me muera me tendré que retirar. Irremediablemente, ¿verdad? O a lo mejor no”. 📌

Por el acceso a las fotografías digitalizadas del archivo personal de Amparo Dávila, gracias a Lilia Barajas y Mauricio Bares de la editorial Nitro/Press, y —por supuesto— a Luisa Jaina Coronel Dávila, a quien también agradezco su calidez, su conversación y su apoyo.



El placer en clave feminista

Entrevista a Marisabel Macías

MARIANA BRITO OLVERA

Fotos cortesía de Marisabel Macías

Me gustaría iniciar con una pregunta para quienes no estamos tan versados en el tema. Algunos de los talleres que impartiste aludían a la “ética del placer”, ¿podrías ampliar un poco este concepto?, ¿de qué hablamos cuando hablamos de “ética del placer”?

Es un concepto y una propuesta elaborada por la filósofa mexicana Graciela Hierro, esbozada en su libro *La ética del placer* (2001). En ese texto realiza una profunda reflexión desde una mirada feminista respecto a tres temas fundamentales: las relaciones entre el poder, el saber y la sexualidad. Estos tres conceptos se entrelazan en el discurso sexual, pero siempre referido a la sexualidad masculina, desde donde el poder patriarcal controla el cuerpo de las mujeres limitándolo a la procreación. Para Graciela Hierro es un hecho que las mujeres seguimos sujetas al poder patriarcal bajo la llamada doble moral sexual, que es la que designa una conducta específica y diferenciada para cada género y dicta lo que es “bueno” o “malo” según seas hombre o mujer. Frente a esta situación, que limita la sexualidad de las mujeres, ella propone una “ética del placer” que esté regida por una perspectiva feminista y que nos lleve a indagar una erótica femenina como condición necesaria para ser mujeres más libres, autónomas, dueñas de nuestra vida, creadoras del buen vivir. En esta propuesta

Así como Carver se preguntó alguna vez de qué hablamos cuando hablamos de amor, yo me pregunto ahora: ¿de qué hablamos cuando hablamos de placer? ¿A qué placer nos referimos y para quién? Para pensar en compañía estas preguntas, conversamos con Marisabel Macías Guerrero (Sinaloa, 1986), filósofa feminista, erotóloga, escritora, tallerista y promotora cultural independiente, que actualmente reside en la Ciudad de México y estudia la maestría en Estudios de la Mujer en la UAM. Macías Guerrero es autora de los libros de relatos eróticos *Penny Black* (ISC, 2016) y *Las hedonistas. Mujeres que narran placer y deseo* (Lapicero Rojo Editorial, 2021). Actualmente forma parte del proyecto “Círculo Literario de Mujeres” y coordina círculos y tertulias feministas sobre erotismo, ética del placer y más.



"Aquelarre literario: cuentos y hechizos para invocar el erotismo" en Las Adelitas

hedonista se determina el sentido de la reflexión moral desde el feminismo: se obedece a las necesidades, a los deseos, a las aspiraciones y a las inclinaciones de las mujeres.

La ética del placer busca brindarnos las posibilidades para alcanzar el derecho al placer, al deseo, al erotismo, fuera de los condicionamientos sociales patriarcales. Trata de llevar una revolución cultural a la vida de las mujeres, que comienza con la toma de conciencia de nuestro estado de opresión, pero que también descubre otras herramientas que tenemos para superar y transformar ese estado de las cosas a través de la apropiación de nuestro ser, a través de preocuparnos por nuestra existencia, de apropiarnos de nuestra sexualidad y del propio placer. Estos planteamientos de Graciela Hierro también son como una guía que nos dice que uno de los primeros pasos es desligar la sexualidad de la procreación, ser críticas con la idea del placer que nos han vendido, así como de generar un proceso de transvaloración que nos permita generar condiciones

para una buena vida, una vida gozosa para nosotras, para las otras y desde nosotras. Graciela Hierro escribe este libro como un intento de postular el placer como sentido de la vida, como sentido de la existencia.

En tu artículo “El deseo femenino”, publicado en la revista Este País, te haces una pregunta en la que me gustaría ahondar: “¿Por qué me importa tanto lo que deseamos las mujeres?”. A partir de ello quisiera preguntar cómo se vincula tu interés por el feminismo y los temas relacionados con el placer y el erotismo, con tu historia personal.

La escritura ha sido una de mis grandes pasiones desde que era pequeña. Todo lo que representara un acontecimiento se traducían en frases o en historias completas que guardaba en libretas y luego en documentos de Word en una PC que compartía con mis hermanas. Después, en la adolescencia, cuando de los enamoramientos pasé a las exploraciones sexuales y al descubrimiento

un poco más consciente de mi cuerpo, de mi placer, del deseo en diversos aspectos, mi escritura se tornó claramente erótica. Además, hubo varios parteaguas. El primero me hizo reconocer lo que estaba haciendo en términos de la escritura al abordar estas temáticas: fue el descubrimiento de la figura del marqués de Sade.

Descubrir a Sade me dejó la idea de que el erotismo era todo aquello que nos mueve, lo que transgrede, lo que rompe la monotonía, lo que nos asombra, lo que nos desata por dentro, lo que puede saber a amor pero también puede ser devastador y cruento. Y digamos que los distintos libros que leí de él reafirmaron la idea de la sexualidad como definición ontológica y de autocosificación dentro de lo social como posibilidad para validarme. Por supuesto, esto último estaba determinado por la condición de género, pero eso no lo comprendí en aquel momento. Yo así lo vivía, así me veía y así veía a las demás mujeres de mi entorno. Debo decir que esas exploraciones, aunque terminaran con alguna reflexión a partir de la escritura creativa, también me provocaban sentimientos ambiguos. En retrospectiva ahora distingo todo esto. En ese tiempo era un punto ciego, ya que esos aprendizajes sobre la sexualidad o la dimensión erótica también estaban vinculados con la cultura de un país, y particularmente de Sinaloa, mi estado natal, donde la estructura patriarcal es parte de la norma, creo que por eso en aquel momento yo no podía verlo.

También debo decir que escribir relatos eróticos no siempre era bien visto por las demás personas y quizás por eso me obsesionó más: quería saber por qué provocaba esas reacciones, por qué no era tan bien visto. Me acuerdo de que me acercaba a talleres, a tertulias o a lecturas en voz alta y siempre había reacciones ambivalentes. Por un lado, había hombres que se maravillaban con mi halo de Lolita y, por otro, estaban los que me criticaban diciendo que lo que escribía no era literatura, lo que me hacía sentir que estaba errada porque, además, me dedicaba a escribir un género considerado menor. Estuve a punto de renunciar y de creer que la literatura erótica era sólo para excitarse, para leerse en pareja, hasta que me animé a mandar un manuscrito a un concurso y el jurado decidió que esos relatos eróticos tenían un valor literario. Creo que, después del

descubrimiento de Sade, ese fue otro parteaguas en mi proceso de investigación y creación sobre lo erótico.

Un último parteaguas muy importante fue mi encuentro con el feminismo. Entendí mucho de lo que me sucedía por ser mujer en una estructura patriarcal, en un país como México, en una sociedad tan machista como la sinaloense, y también pude vislumbrar la potencia revolucionaria que puede tener para las mujeres estudiar el erotismo, desmontar lo establecido sobre esa y otras categorías.

A partir de lo que dices me quedo pensando cómo el erotismo ha sido narrado históricamente desde la perspectiva masculina y, en ese sentido: ¿qué nos puede aportar en cuanto a una mirada estética que estos temas (el erotismo, el placer) sean escritos desde una perspectiva feminista?, es decir, ¿qué oportunidades estéticas abre en términos formales una escritura erótica feminista?

Creo que, en términos estéticos, la mirada feminista nos abre la posibilidad de cuestionar lo que se ha dicho sobre este tema en la literatura: cómo se ha abordado, qué temas aparecen, cómo se han planteado los personajes (principalmente los femeninos), qué mensajes o ideologías lleva de trasfondo esta literatura erótica canónica creada principalmente por varones. Kate Millet, en su tesis doctoral *Política sexual*, hace un análisis sobre esto. Creo que ha sido uno de los grandes aportes de la crítica literaria feminista a la literatura erótica canónica.

Por otra parte, me parece que, en el caso de la escritura erótica de las mujeres, además de tener esta postura crítica, parte de abrir las posibilidades y propuestas tiene que ver con presentar una erótica nuestra, una erótica de las mujeres, y de hablar de los temas que para nosotras están dentro de la dimensión erótica. Esa dimensión, cuando es pensada y escrita por mujeres, incluye un montón de temas que la literatura erótica escrita por hombres ha dejado de lado, como la menstruación, la menopausia, la maternidad, la relación con la comida o la amistad, entre muchos otros. También nos permite crear a nuestras propias heroínas, presentar a mujeres de nuestro tiempo, crear personajes que nos

representen y que sean sujetas deseantes, que muestren la complejidad y la diversidad de las mujeres, nuestra dimensión placentera y, sobre todo, que brinden modelos distintos a las nuevas generaciones.

Además de dedicarte a la investigación y escritura relacionada con estos temas, impartes talleres para mujeres, algunos de ellos, de hecho, se han enfocado en la ética feminista del placer. Desde tu experiencia, ¿qué importancia tienen este tipo de espacios colectivos para pensar estas temáticas?

La mayoría de los talleres que he impartido los he denominado "Círculos de escritura erótica" o "Talleres de relato erótico y reflexión feminista". A mí me parece que tienen una importancia tremenda, ya que estos espacios

se vuelven potenciadores, liberadores, subversivos, placenteros, espacios de encuentro, donde se forman redes de apoyo o alianzas políticas.

El hecho de que las mujeres podamos reunirnos a escribir y a aprender nos lleva a apropiarnos de la identidad de creadoras, de escritoras, al hacerlo estamos apropiándonos de espacios que históricamente se nos han negado. Todo esto, además, transgrede el mito de la enemistad femenina, rompe esos presupuestos patriarcales de que somos enemigas una de la otra. Reunirnos a conversar y escribir sobre estos temas específicos, que aún hoy en día son tabú en muchos lugares del país, implica un acto doble de rebeldía: el de ocupar espacios que nos estaban prohibidos y el de quitar los velos, los prejuicios y los estigmas sobre la sexualidad de las mujeres, sobre nuestro cuerpo, el placer y el erotismo.

Taller "Relato erótico y reflexión feminista para mujeres", en Faro Tláhuac





Tendedero del placer. Instalado en la librería U-Tópicas

¿Qué importancia tiene tratar estos temas públicamente en un país como México?

Me parece que México es un país donde las instituciones tradicionales de control hacia las mujeres siguen vigentes: la heterosexualidad obligatoria, el amor romántico, el matrimonio, la maternidad patriarcal, el mito de la belleza y la familia nuclear, entre muchos otros. También muchos discursos mediáticos y políticos siguen aludiendo a que las mujeres tenemos cierto compromiso emocional, sexual y reproductivo con los varones e incluso con la sociedad. Son mensajes que además no sólo se proclaman desde las instituciones, sino que muchas veces provienen de discursos intelectuales y culturales, y que se propagan en la literatura, las películas y los medios de comunicación. Además, son ámbitos que en muchos sentidos siguen controlados por los varones, y desde ahí se instauran marcos normativos que expresan representaciones de lo femenino en función de una sexualidad patriarcal donde las mujeres seguimos reducidas a ser cuerpos para los otros. En ese contexto,

es sumamente importante que nosotras tomemos la palabra y empecemos a resignificar conceptos como la sexualidad y el placer. Me parece que ese es uno de los aspectos importantes de estas tertulias feministas que abordan el erotismo en un país como el nuestro.

Actualmente formas parte del *Círculo Literario de Mujeres*, ¿podrías contarnos cómo surge esta iniciativa, cuáles son sus objetivos y qué tipo de actividades impulsan?

Círculo Literario de Mujeres surge en 2017 y es una iniciativa entre amigas que nace de la necesidad de tener espacios para nosotras. Actualmente soy cofundadora de la colectiva, junto con Michelle Campos y Katia Albertos. Su principal objetivo es difundir el trabajo creativo e intelectual de las mujeres, principalmente mexicanas, aunque también de mujeres de otros lugares del mundo, así como divulgar el feminismo a través de diversas actividades. 📍

Leonora Carrington:

la disciplina nocturna

GUILLERMO FAJARDO

Ayer fui testigo del asesinato de un hombre desconocido. El sueño me despertó a mitad de la noche. Las autoridades me buscaban para que diera cuenta de cada detalle, pero yo no quería. La pesadilla, por supuesto, no consistía en ser buscado, sino en estar escapando para siempre. Ahora que escribo esto, no puedo parar de preguntarme si la literatura de Leonora Carrington (1917-2011) también es un proyectarse constantemente hacia otro lugar u otro tiempo. Sus *Cuentos completos* (2020), traducidos por Una Pérez Ruiz y publicados por el Fondo de Cultura Económica, pueden leerse como un mismo plano visual que los concentra pero que nunca termina por abarcarlos del todo, igual que una pintura cuya huella recibimos en un instante, pero que puede durar toda la vida.

En Carrington no hay espacio para lo cotidiano, o lo cotidiano es lo extraordinario sin ambages de por medio. Me atrevo a decir que la escritura de la mexicana-británica apunta a la infancia, esa época difícil en donde las cosas se procesan por medio de símbolos y eufemismos, las herramientas básicas para entender más adelante la muerte, el dolor o la enfermedad. Los niños juegan e imaginan la mayor parte del tiempo porque es la forma de socializar con lo que ven pero que es intraducible. Empiezan practicando el mundo con ellos mismos. En mi caso, Carrington me llevó de la mano a cierta zona de la imaginación en donde tenía guardados —en estricto orden de aparición— a Esopo y sus fábulas, los libros del Barco de Vapor y las pesadillas infantiles que me obligaron varias veces a ir al cuarto de mis padres.

Destaca el cuento “Un hombre enamorado”, que resume varios elementos de la narrativa de la autora:



Leonora Carrington
Cuentos completos
 Fondo de Cultura Económica
 México, 2020, 173 pp.

un narrador anónimo que se ve desplazado por los encuentros con otros seres, un trasfondo profundo y silencioso, imágenes fantásticas que emergen fuertes y rotundas como el relincho de los caballos. En esta historia el narrador roba un melón y, para no ser delatado, es obligado a escuchar la historia del tendero “que ha pasado cuatro décadas escondido” esperando que “alguien se robara la fruta” para contar su historia. La mujer de este hombre, Agnes, yace en una cama “probablemente muerta”, pues no se ha movido “ni hablado ni comido en todo ese tiempo”. Sin embargo, ese cuerpo conserva todavía su calor, por lo que el hombre incuba huevos. El narrador, incluso, ve “algunos pollitos recién salidos del cascarón”. Instantes después, el tendero contará la historia de cómo conoció a su mujer y lo que le sucedió. La tragedia ocurre en su noche de bodas, cuando, navegando por el Sena, se detienen en un café, cuyo dueño es un zorro. Entran a la cocina del lugar, donde hay un “tropel de ratas” y “extrañas ráfagas de aire helado” que terminan por afectar a Agnes. El tendero, llorando, se olvida del narrador, que logra escapar con su melón. En este caso, la inmovilidad de la mujer es la pesadilla, un cuerpo ahora utilizado para producir otros seres. Así, como afirma Mercedes Jiménez de la Fuente, “ese cuerpo vivo pero dependiente del hombre es el símbolo de la mujer enamorada que ha perdido su voluntad”.

Hienas que le arrancan la cara a los demás, verduras que luchan entre ellas, caballos que dan consejos... El mundo no humano surca con absoluta libertad los territorios de la escritora. Este pacto —pues toda representación revela un compromiso— impregna el universo de Carrington de una notable pero mínima transparencia, ya que el lector intuye que hay mucho más detrás de cada cuento. Su literatura, perfumada de silencios y elipsis, lleva consigo una imaginación pura. Me refiero al abandono consciente de lo que consideramos real. Es verdad que toda ficción es necesariamente la imposición de una mentira, la estructura básica de cualquier representación. Visto de esta forma, la literatura realista —por ejemplo— es un oxímoron, pues trasladar cualquier historia al papel es pasarla por el filtro de múltiples subjetividades que terminan embalsamando su contenido con los vendajes de la imaginación.

Hay escritores que se esfuerzan por convencer al lector de la veracidad de su intento, ya sea porque crean reglas que aplican a rajatabla en su universo o porque se le da a la narración un falso soporte histórico, formal o material. En Carrington, esta disposición encuentra su impulso en el lugar contrario: convencernos de que todo lo que se lee es absolutamente falso. Me parece que la literatura es el arte que más se preocupa por establecer una relación con la realidad, es decir, la operación de insertarse en el mundo para

convencernos de que es connatural a él. Esta tecnología cultural —la de saber distinguir lo verdadero de lo falso— no la encontramos en los niños, quienes requieren de un aprendizaje consciente —la marca de la experiencia— y después del siempre elusivo sentido común —quizá una prenda de la inteligencia—. Esto es negado en Carrington, quien se pregunta: “¿Cómo puede alguien ser una persona respetable si se deshace de sus fantasmas a fuerza de sentido común?”. Es como si la escritora nos dijera que la irracionalidad de una obsesión es el trabuco que nos permite saltar ciertas murallas, en la literatura o en la vida, para avistar nuevas pesadillas o jardines.

Las historias de Carrington, plagadas de animales, confirman el vuelo hipnótico de su imaginación. Si tuviera que elegir, diría que el caballo es el animal de su preferencia. Fuerte, elegante, nómada, el caballo, según Whitney Chadwick en *Women Artists and the Surrealist Movement*, es una “imagen de renacimiento”. La vida de todo artista desembocará, inevitablemente, en su obra. En Carrington, este renacimiento puede leerse —quizá— en múltiples instancias de su propia vida, como la ruptura definitiva con su padre, en su aventura con el artista Max Ernst, en su ingreso a un hospital psiquiátrico en España, en su escape para evitar ser enviada a otra institución mental en Sudáfrica, en su matrimonio con el diplomático Renato Leduc, en su vida en México. Este renacimiento, sin embargo, será admirado con cuidado por la propia Carrington, pues en sus historias aparecerá una protagonista casi siempre distanciada de los acontecimientos, en continua transición, sin un final reconocido. La imaginación de Carrington, escribió Annette Shandler, combina “la ingenuidad infantil abierta a todas las posibilidades con la aceptación del Surrealismo de la realidad del sueño”: es la falsedad de una falsedad.

La literatura de Leonora Carrington me aventó, por breves momentos, al abismo de mi niñez. He descubierto, con preocupación, que de mi infancia recuerdo mucho, pero especialmente mis pesadillas, pintadas con anticipación por Carrington en esta militancia lunar del mundo de las cosas inexplicables. ●



Explorar los caminos del placer

MIRANDA CAMPOS

Desde que decidí estar sola, darme tiempo y procurar el compás sereno en mi marea, he dejado de ser el monstruo o la infanta ingenua.

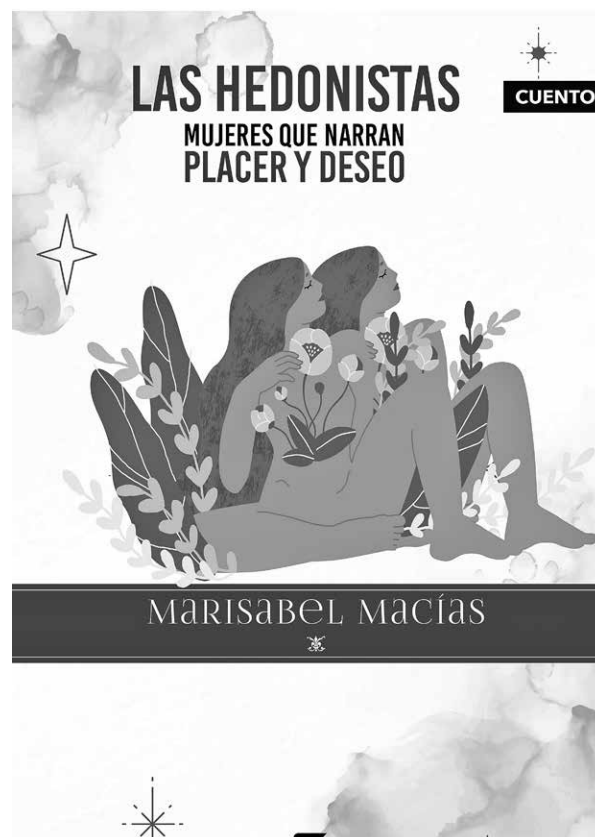
Marisabel Macías

Las hedonistas. Mujeres que narran placer y deseo es un libro que regala un despertar. Marisabel Macías, filósofa, promotora cultural y escritora, sacude cuerpo y mente con 12 relatos eróticos sobre mujeres que, aunque no coinciden en espacio o tiempo, se conectan a través de la búsqueda por plasmar su propia forma de vivir el placer.

Cada relato tiene el nombre de su protagonista, mujeres que surcan sus cuerpos a diferentes velocidades y ritmos, decididas a llevar el timón. Leer a Marisabel Macías se ha convertido en una experiencia marítima. Es abordar un velero, barco o botella y ser lanzada al mar, donde el destino es explorar las profundidades de la psique, el cuerpo y el alma femenina enunciadas desde el erotismo. Como capitana, su autora logra atraparte en un vaivén de prosa sin censura, directa y poética con la que expande el mundo del relato erótico fuera de los confines patriarcales en los que suele habitar.

La corporalidad y sus sensaciones son descritas sin pretender satisfacer deseos ajenos. Desde un erotismo que invita a la mujer a “vivir en primera persona”, la autora aborda otras maneras de describir el cuerpo femenino, el orgasmo y la menstruación, hilando cuentos que exponen ideas que ocupan la mente de muchas mujeres, pero que rara vez nos permitimos compartir con otras.

Ideas como el goce dependiente de otros, la virginidad, el machismo, la conexión impuesta entre maldad y sexualidad femenina, la forma en que



Marisabel Macías

Las Hedonistas. Mujeres que narran placer y deseo

Lapicero rojo

México, 2021, 93 pp.

vivimos los vínculos, el placer que sentimos al mirar a otros, lo que nos gusta y no nos gusta, son abordadas desde una mirada feminista que difiere de las narrativas masculinas que colocan a la mujer como objeto que concentra fantasías y un ente pasivo diseñado para cumplirlas. Aprovecha su lejanía de estas narrativas para colocar a la mujer al centro y, al hacerlo, puntualiza que el erotismo también es más que el sexo, que puede acariciar almas, ser vehículo o refugio de ausencias y pérdidas; es, en palabras de la autora, “un espectáculo interno que no se olvida”.

Cada mujer tiene una forma distinta de vivir el placer. ¿Cómo nos aproximamos a nuestros deseos? ¿Somos capaces de desear en nuestra vida diaria o nos perdemos en los deseos de otros? ¿Cómo vive su placer Miranda? Y con esta pregunta no pretendo hablar de mí, sino retomar la historia de una de las protagonistas del libro.

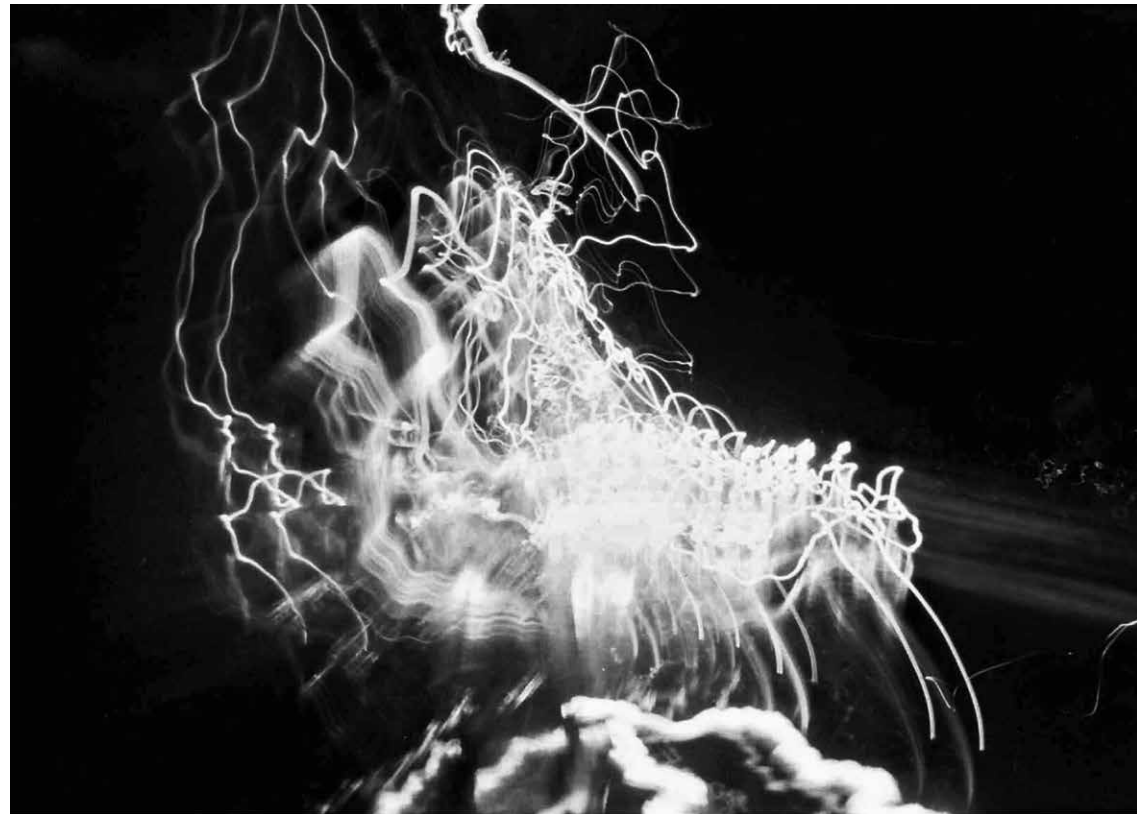
“Miranda” fue el relato que más resonó en mí, y no precisamente porque su protagonista sea mi homónima, sino porque se enuncia como una mujer entregada a la búsqueda del placer. “Tengo una necesidad casi agobiante por vivir historias diferentes, que me descoloquen, que me encanten”, declara esta poderosa protagonista, una mujer en control de su propio goce, que exuda libertad y agenda propia, lo cual resulta novedoso, atractivo e intimidante para el amante que la acompaña.

Ser descrita como una mujer “temible” y “mala” al ejercer o tener la capacidad de enunciar cómo queremos vivir nuestro placer es algo que cada vez más mujeres señalan como obsoleto y represivo. Es resultado de la influencia patriarcal que ha pesado estructuralmente sobre ellas y sobre su derecho al disfrute pleno de la vida. ¿Cómo alcanzar el poder de nuestro deleite? ¿Cómo nos alejamos de narrativas estereotípicas y arraigadas que limitan nuestros cuerpos y la forma en que exploramos el deseo?

En *Las hedonistas* podemos encontrar claves para acercarnos a una vida de goce. Para hacerlo, la autora nos invita a convertirnos en hedonistas, mujeres que, a su propio ritmo, exploren las cavernas del

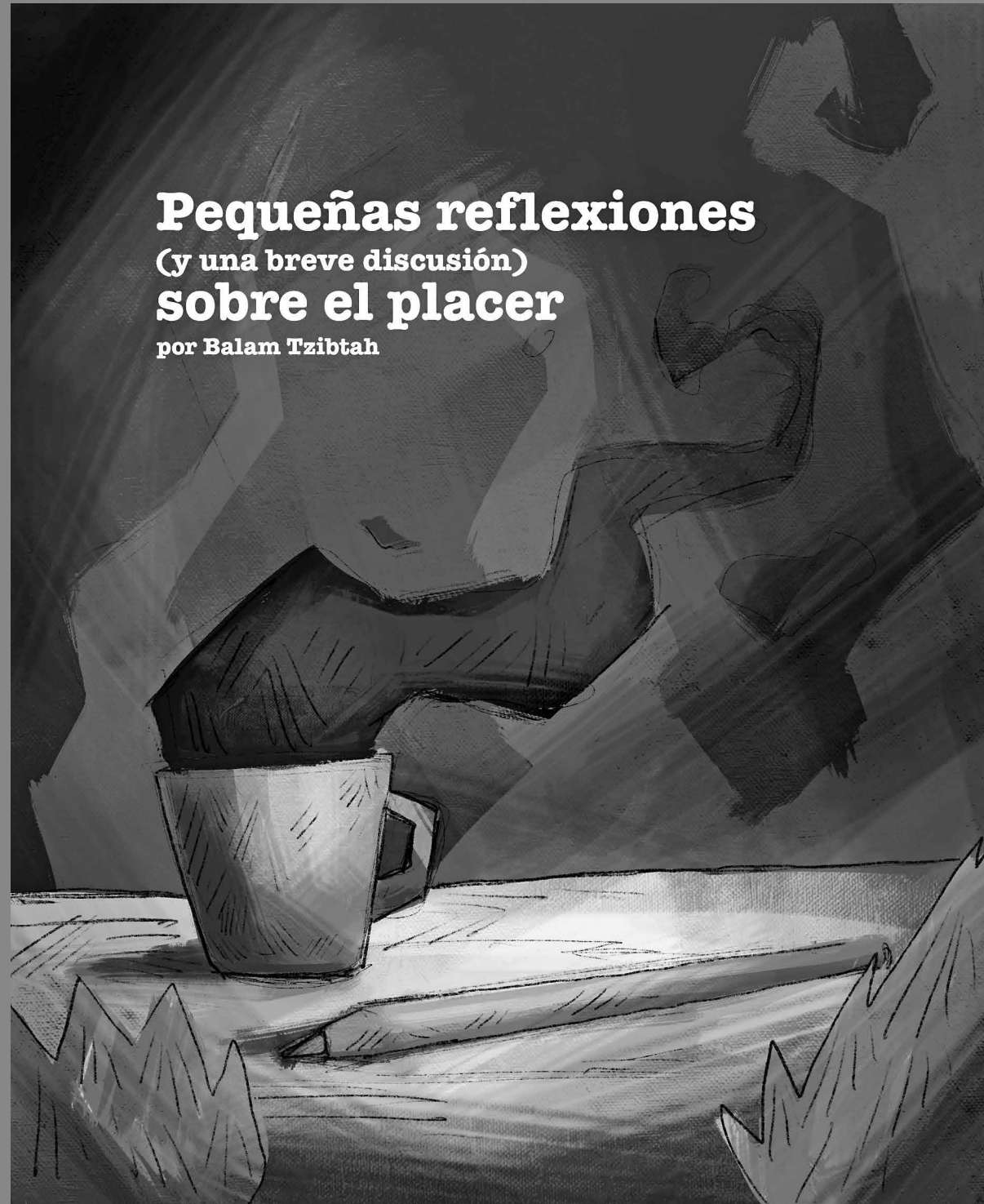
cuerpo y la mente para crear torrentes de placer que alumbren todo lo que nos construye: pasado, presente y futuro. Macías afirma que “dejarlo todo y empezar de cero despierta la fe en una misma. Y aunque de principio sea una experiencia atemorizante, es sumamente enriquecedora. Te pone frente a tu ser creadora”. Nos llama a la desconexión patriarcal desde el habla y la colectividad. A explorar la sanación que llega al compartir con otras mujeres lo que nos habita: placer, reflexión y dolor. A sorprendernos ante el orgasmo que representa rendirnos al placer de encontrarnos en las historias que nos nombran protagonistas y de conectar a partir de socializar nuestras vivencias eróticas con otras mujeres. A descubrirnos en el proceso como creadoras individuales y colectivas, con plena capacidad de abandonar ideas preestablecidas y de buscar el camino individual para ejercer el deseo a nuestra medida. **P**

TINTA SUELTA



Pequeñas reflexiones (y una breve discusión) sobre el placer

por Balam Tzibtah







Guly Miller (Ciudad de México, 1995). Dramaturga y directora teatral. Fue finalista del Premio de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo Trejo (2021). Fundó Trabajos de Amor Perdidos, Colectivo Escénico. Ha publicado en *Punto en línea*, *Tintero Blanco* y *Punto de partida*.



Alec Montero (Guanajuato, 1997). Escribe ensayo, poesía y ficción. Estudió la licenciatura en Letras Españolas y el Diplomado en Traducción en la UG. Participó en el Décimo tercer Curso de Creación Literaria Xalapa de la FLM.



Ofelia Ladrón de Guevara (Xalapa, 1998). Cuentista y ensayista. Estudió Antropología en la UNAM. Ha publicado en el *Blog de los jóvenes de la Revista de la Universidad de México*, en *La Guarida*, *Literatura de España y América Latina* y en *Punto de partida*.



Alejandro Sánchez Cancino (Ciudad de México, 1998). Es tesista de Antropología en la UNAM y editor en la revista estudiantil *Voces Disonantes*. Si pudiese, escribiría en mazahua.

Instagram: [@versoscansados](#)



Iberia Muñoz (Torreón, 1997). Estudió Letras Modernas Inglesas. Forma parte de la antología *Novisimas. Reunión de poetas mexicanas* (2022). Trabaja en proyectos de creación literaria en la Escuela de Escritura de la UNAM.

Instagram: [@corazonanfibia](#)



Héctor Sapiña (Estado de México, 1990). Estudiante de maestría en Letras Mexicanas en la UNAM. 2º lugar en el Premio Universitario sobre una Sociedad Sustentable 2021 en Ensayo. Columnista en *Teresa Magazine* y *Espora*. Fue miembro fundador del SMIA.

Facebook: [hector.sapinaflores](#)



Saraí Ramírez (Ciudad de México, 1989). Actriz egresada de Argos Casazul. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UVM. Formó parte de la XIII Generación del Diplomado de Creación Literaria en el INBAL. Es parte del Diplomado de Escritura Creativa y Crítica Literaria en la Escuela de Escritura de la UNAM.



Carlos Rutilo (Ixhuatlancillo, 1996). Egresado de la FFyL, UANL. Fue becario de la primera generación de escritores universitarios, en Poesía, del Centro de Creación Literaria UANL (2019). Ha publicado en *Círculo de Poesía*, *Los Demonios* y *Los Días y Punto de partida*.

Facebook: [CarlosRutilo96](#)
Instagram: [@carlosrutilo](#)



Silvia Santaolalla (Morelos, 1993). Productora, guionista y ensayista. Ha publicado en *Marabunta*, *Gata que ladra* y *Revista Independiente Polítique*. Es licenciada en Artes por la Universidad Autónoma de Morelos.



Jimena García García (Ciudad de México, 1996). Egresada de la licenciatura en Letras Hispánicas de la FFyL, UNAM. Fue becaria de la FLM en Narrativa. Ha publicado en *Este País*.

Twitter: [@jimenargg](#)
Instagram: [@jimenargg](#)

• COLABORADORES •



Mariana Brito Olvera (Ciudad de México, 1989). Escritora. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Fue becaria de la FLM (2015) y del FONCA en Ensayo (2019). Actualmente vive en Buenos Aires, donde coordina un taller de lectura sobre escritoras mexicanas a través de *La letra en llamas*.



Mario Alberto Santoyo (León, 2002). Ha publicado en revistas y antologías nacionales e internacionales. Primer lugar en Poesía del 4° Concurso de Educación Media Superior y Universitaria "Mundos Posibles". Formó parte del Seminario de poesía Efraim Huerta del Fondo para las Letras Guanajuatenses.



Miranda Campos (Cancún, 1993). Comunicóloga social. Se dedica al marketing digital y creación de contenido. Mujer con discapacidad desde hace siete años, trabaja temas relacionados al cuerpo, dolor, cáncer, sexualidad, erotismo y diversidad funcional. Ha publicado en *Malvestida*, *Nexos*, *Somos Violetas*, *Especulativas* y *Círculo Literario de Mujeres*.



Eduardo Cerdán (Xalapa, 1995). Narrador, editor y docente en la UNAM. Autor de *Pasos en la casa vacía* (2019). Ha publicado en los suplementos de *El Universal*, *La Jornada* y *El Nacional*; en *Letras Libres*, *Revista de la Universidad de México* y *La Palabra y el Hombre*, y en varias antologías. Textos suyos se han traducido al inglés y al francés.

Eduardo_Cerdan



Julia Ivalú (Ciudad de México, 1994). Licenciada en Animación y Arte Digital por el Tec de Monterrey. Cuenta con diplomados en Danza Terapia, Antropología del Arte y Escritura Literaria. Es parte de las antologías *Vita Contemplativa: Los invisibles* (2018), *Teatro Mínimo* (2019) y *Cuerpo o Inferno* (2020).

julia_ivalu

wixsite.com/julia-ivalu



Guillermo Fajardo (Acapulco, 1989). Cuenta con cuatro novelas publicadas y dos libros de cuentos. Escribe en el periódico *Excélsior*.



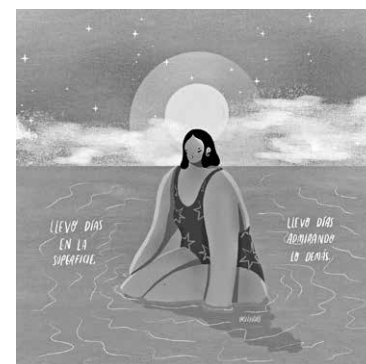
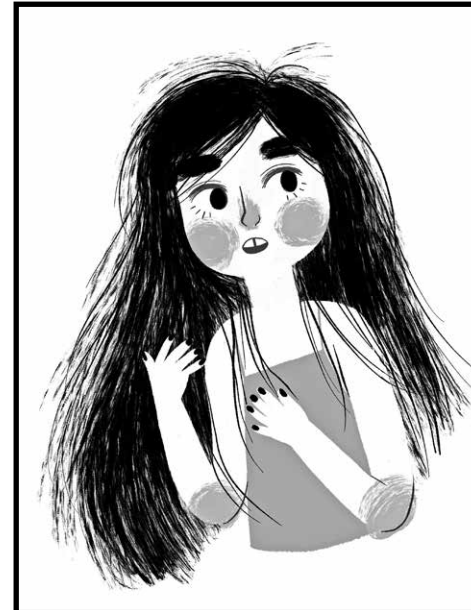
Lucero de la Fuente (Ciudad de México, 1996). Fue beneficiaria del PECDA Campeche (2014), parte del Octavo Curso de Creación Literaria para Jóvenes (2016) y becaria de la FLM (2020-2021).

LucerodlaFuente

• COLABORADORES •



Isabel Rivera (Estado de México, 1991). Ilustradora freelance. Sus ilustraciones se enfocan en historias infantiles y cómics.



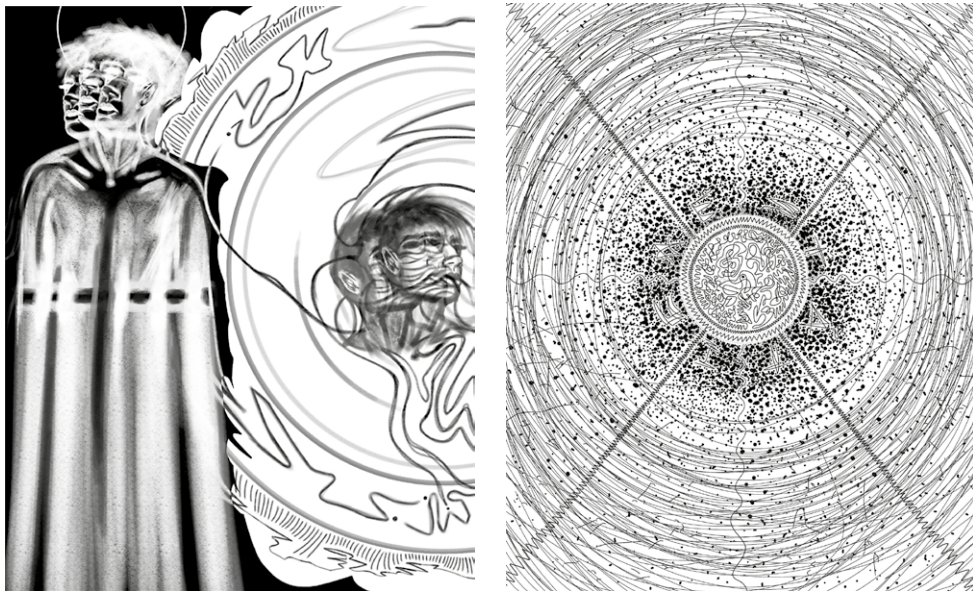
Celina Huús (Colima, 1991). Ilustradora, diseñadora y contadora de historias. Su trabajo está inspirado en la naturaleza, la magia y las mujeres.

celyhuus

• COLABORADORES •



Adrián Noguez (Ciudad de México, 1999). Estudiante de Ciencias de la Comunicación en la FCPys, UNAM. Ha colaborado en *Punto de partida*.



Andrea Honni (Córdoba, 1995). Ilustradora. Estudió Diseño gráfico en el Centro Universitario Interamericano. Actualmente trabaja de manera independiente en la Ciudad de México. Ha ilustrado carteles para festivales de jazz y participado en proyectos de animación para videos musicales y en eventos de paste-up.

[@andeahonni](#)

• COLABORADORES •



Balam Tzibtah (Ciudad de México, 1986). Artista visual. El enfoque principal de su trabajo es reinterpretar las costumbres, tradiciones y estética de las culturas ancestrales, en especial la maya. Su obra pictórica y audiovisual ha sido presentada en múltiples festivales. Actualmente incursiona en la novela gráfica.

[balamtzibtah](#) [balamtzibtah](#)



TINTA SUELTA

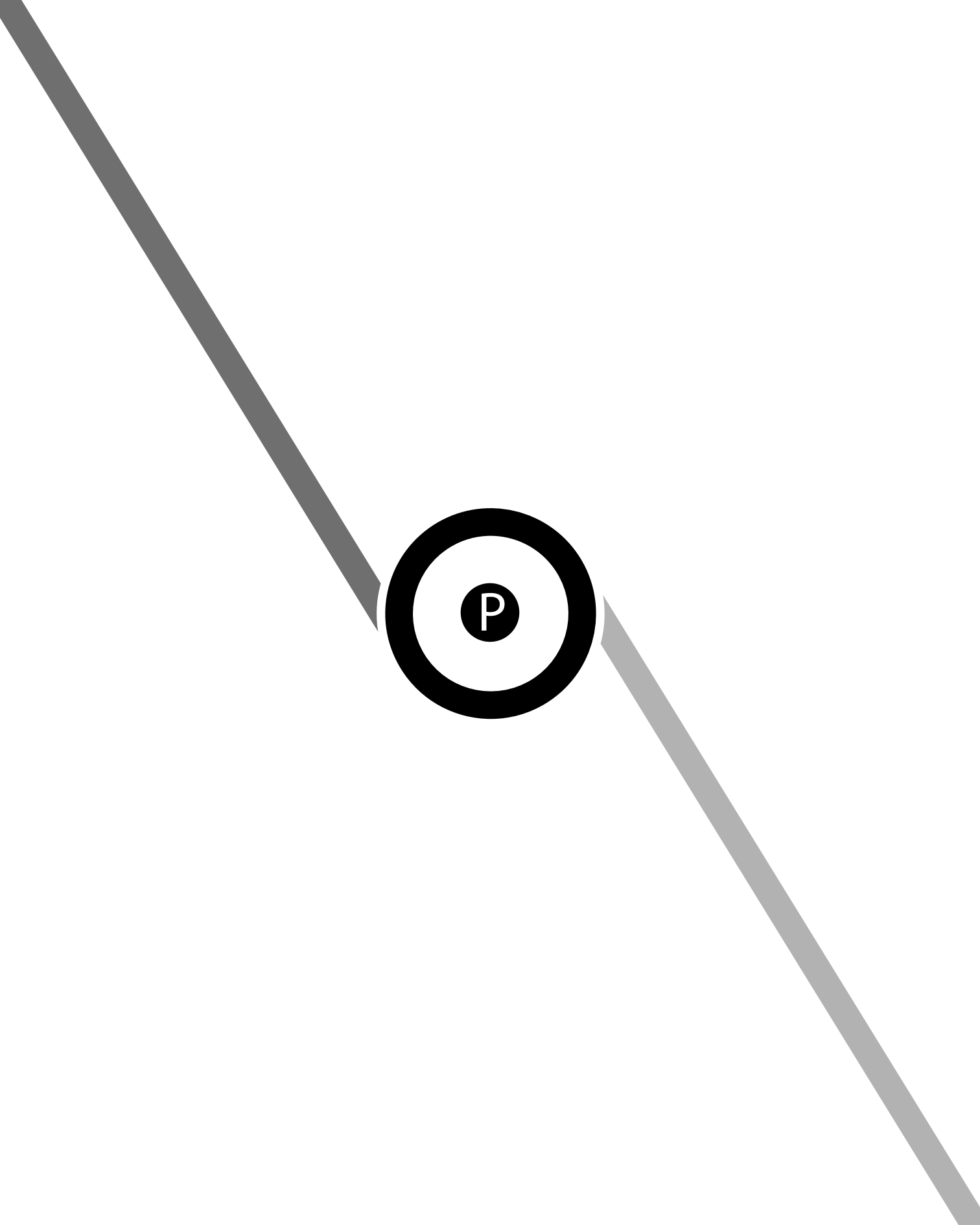


A CONTRALUZ






Diego Tapia (Tepotzotlán, 1993). Estudió Letras Modernas Italianas en la FFyL, UNAM. Actualmente cursa el primer semestre de la Maestría en Estudios de Arte y Literatura de la UAEM. Es fotógrafo autodidacta.





D



 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

www.puntodepartida.unam.mx